



25 de Marzo de 1853. La Resurreccion; copia de un cuadro de Rubens.

TOMO XI. 7

LA RESURRECCION.

El cordero de amor, víctima fuerte,
 Su tumba ha quebrantado,
 Y sobre el borde se asentó la muerte
 Cual guerrero humillado.
 Lanzó al infierno pavoroso grito
 De cólera precita:
 «De los hombres, clamó por su delito
 La raza está maldita.
 Murió su Dios! que se despierte ahora!
 Que su mansa mirada
 Destroce con violencia destructora
 Los sellos de la nada!
 Murió su Dios! so mi poder cayeron
 Por siempre las naciones!
 Ellas á mi rival morir hicieron
 En cruz y entre ladrones.
 Las armas del error desmoronaron
 Las viejas profecías!
 Los hombres de su Cristo renegaron;
 Moloch venció al Mesías.
 Inexorable Dios! ¿de qué ha valido
 Tu suma prepotencia?
 ¿Do fuiste á colocar inadvertido
 Tu misera clemencia?
 Tú diste al hombre con afán prolijo
 La llave de tus dones,
 Y sus hijos pusieron á tu hijo
 En cruz y entre ladrones!
 Ha sido de tu amor el flaco intento
 Servidor de mi encono;
 La sangre ha sido de Jesus cimientó
 De mi inmutable trono.
 La hechura de tu mano ha pervertido
 La fuente de la vida;
 Quisiste hacer al hombre redimido,
 Y lo hiciste deícida!
 Venid, mortales, en inmensa tropa
 A mi cadena dura:
 Brindad conmigo en anchurosa copa
 De rabia y de amargura!
 No mas tender vuestras humildes palmas
 A la celeste esfera!
 Venid á enriquecer con vuestras almas
 Mi codiciosa hoguera!
 En sus ardientes grutas infernales
 Así Luzbel decía,
 Tregua poniendo á sus eternos males
 Con gritos de alegría.
 Y Moloch acallaba el alarido
 De su sangrienta furia,
 Y Baal halagaba complacido
 De Astarte la lujuria.
 Y Belzebut solícito colmaba
 El cáliz de la ira,
 Y entre los flacos hombros anudaba
 Su manto la mentira.
 Y el dolor colocaba los mojonés
 De su aumentado imperio,
 Y la muerte llevaba sus pendones
 De uno en otro hemisferio.
 Mas una luz resplandeció divina
 Llenando los espacios:
 Gimieron con crugido de ruina
 Del Orco los palacios.
 Bajo la sombra de la cruz crecieron
 Mil esperanzas puras,
 Y del infierno quebrantadas fueron
 Las fuertes cerraduras.
 Abrió el emporio por la vez primera
 Sus puertas estrelladas,
 Y el viejo Adán gozó tras larga espera
 Las celestes moradas.

Jesus resucitó!... La flaca muerte
 Huyó despavorida,
 Oyendo á sus espaldas la voz fuerte
 Del ángel de la vida.
 Rompió el sepulcro su cubierta helada
 Con esfuerzo fecundo;
 Abrió su mano la avarienta nada,
 Y estremeciósse el mundo.
 Mortales, ya del tártaro la guerra
 Puso coto á sus vuelos!
 Qué teméis!... vuestro Dios está en la tierra,
 Y la cruz en los cielos!
 Allí en alas de puros querubines
 Brillando sostenida,
 Presidirá por los eternos fines
 De la creación la vida.
 Ella verá morir á los errores
 En curso peregrino,
 Y dorará con vivos resplandores
 La sien de Constantino.
 Ella posada en la soberbia cumbre
 Del alto Vaticano,
 Eclipsará la transitoria lumbre
 Del esplendor romano.
 Ella será el amparo en tempestades
 Del afligido inermé;
 Ella verá pasar siglos y edades
 Sin que su fuerza merme.
 Estenderá sus brazos del cristiano
 Sobre el sepulcro estrecho,
 De la justicia marcará la mano,
 Y del valor el pecho.
 Y cuando paren los acordes vuelos
 Del mundo, y trague á la creación la nada,
 Ella de nuevo brillará en los cielos,
 Con la divina púrpura bañada.

F. BELLO.

MIRABEAU, MERCIER Y LAVATER.

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LA FISONOMÍA

Vamos, mi querido Mercier; no me hable vd. de su brujo: estamos en el siglo de las luces; los tiempos que alcanzamos no son favorables ni para los nigrománticos, ni para los profetas: el sugeto de quien vd. me habla es un charlatan como Mesmer y Cagliostro; llamará mucho la atención, alucinará á unos cuantos, y luego nadie volverá á ocuparse de semejante hombre!....

—Pero, amigo mío, yo mismo he servido de piedra de toque, por así decirlo, á la ciencia de Lavater.

—¡Usted! ciertamente es vd. bastante loco para que ponga en duda lo que me dice.

—Muy bien: estaré loco, si locura es creer en la evidencia. Voy á referir á vd. en dos palabras el modo con que me he convencido.

Hará cosa de un año que me hallaba una hermosa mañana de primavera sentado con otros muchos alrededor de una mesa en la fonda del *Aguila Negra* en Zurich. A los postres, hizose general la conversacion y rodó acerca de las ciencias ocultas, de las cuales se mostraron muy entusiastas los alemanes que asistian al almuerzo, al paso que mis compatriotas, *espíritus fuertes*, como vd. y como yo, se burlaban á las mil maravillas. Los nombres de Cagliostro y de

Mesmer que vd. acaba de citar, se trajeron á colacion. Púseme de parte de los incrédulos, y todavía recuerdo todo cuanto dije con este motivo acerca de los charlatanes y de los tontos que eran sus víctimas. Compadecime de estos últimos que daban crédito á pueriles supersticiones, indignas de un siglo tan ilustrado como nuestro siglo XVIII. De repente un hombre aun jóven, modestamente vestido, de un esterior lleno de calma y de dignidad, con una fisonomía apacible y fina, fijando en mí su mirada penetrante, díjome con voz grave:

—No comprendo, caballero, porque el progreso de las uces, con mucho gusto me doy prisa á reconocer, podría llevarnos á fijar límites insuperables al espíritu de investigación, al deseo de conocer y saber, que son el don de algunos hombres distinguidos, trabajadores infatigables y obstinados. No niego que haya charlatanes: los ha habido en todas las épocas; haylos aun hoy, y muchos que son charlatanes de incredulidad. No digo esto por vd., caballero; tengo á vd. en el concepto de franco y leal.

—Doy á vd. las gracias, caballero, por la buena opinion que se digna tener de mí: pero, ¿puede vd. decirme en qué la funda?... Vd. no me conoce....

—No conocia á vd. ciertamente antes de haberle mirado; pero desde que he examinado su cara, que por la primera vez he visto hoy, en este momento, ó yo me engaño mucho, ó me seria fácil decir, si no quien es vd., al menos que hombre es, en el caso que vd. me diese su licencia.

—No solamente autorizo á vd. á que lo diga, sino que se lo suplico encarecidamente; le respondí con un aire de duda.

—Lo que voy á decir de vd. á las personas que nos escuchan no puede en nada perjudicarle.

Mírome en seguida algunos momentos:

—Es vd. un hombre de letras, dijo, un filósofo brillante y vivo; tiene vd. una disposicion de espíritu original.... y mire vd., no me causaria extrañeza el que vd. fuese Mercier. ¡Imagínese vd. mi pasmo! Hacia dos horas que habia llegado á Zurich, en donde no conocia absolutamente á nadie, y hasta entonces no habia todavía dicho mi nombre.

—¿Pero quién es vd., caballero? dije á mi profeta; pues yo no tengo el don de adivinar.

—Dios mío, caballero, no será imposible que vd. haya oido pronunciar mi nombre: ha mucho tiempo que me ocupo de la ciencia á la cual he consagrado mi vida. Llámome Lavater y resido en esta ciudad:

En el momento que Mercier hubo terminado la relacion que se acaba de leer, su interlocutor prorumpió en ruidosas carcajadas.

—Necesito, dijo, otra pueba que la que me acaba vd. de referir. Solamente un hombre de talento como lo es vd. puede ser tan sencillo para dejarse coger con tanta facilidad. Un hombre de sentido comun no se habria contentado con tan poca cosa.

—¡Vive Dios! es vd. muy mal contentadizo. Quisiera que vd. mismo se sometiese á la prueba.

—Si es posible, lo haré con mucho gusto. Diviérteme sobremedera hallar ocasiones que me permitan confundir á los charlatanes, patentizando sus embusterías. Pero, ya ve vd. que no puedo ir á Suiza espresamente....

—Es inútil que vaya vd. tan lejos: ha dos dias que Lavater está aquí. le llevaré á vd. á su casa.

—Acepto, y al instante pido el coche.

El diálogo que acabamos de referir tenia lugar en un saloncito de un hotel del barrio de San German, entre Mercier, cuyo nombre hemos mencionado, y un hombre de cuarenta años, cuyo aspecto inspiraba á la vez simpática admiracion y repulsion involuntaria.

Figúrese el lector, sobre un cuerpo atlético, un cuello de toro, con una cara chata, de músculos salientes, con la tez violácea picada lastimosamente de viruelas, adornada con dos cejas negras y espesas que hacian sombra á dos ojos de leon que lanzaban rayos. Una mezcla híbrida de fuerza, de audacia y de benevolencia, de cinismo y de elegancia suma, imprimia á este extraño personaje un sello inimitable. Estaba vestido espléndidamente, y cuando se levantó para dar la órden de que preparasen el coche, hubiérase dicho: al ver el aire de su persona casi régio, que llevaba los destinos del mundo en las arrugas de su vasta frente.

El carruge se detuvo delante de la casa en que moraba Lavater.

Mercier declinó su nombre, y ambos visitantes fueron inmediatamente introducidos en un gabinete de estudio de modesta apariencia.

—Vd. le saldrá al encuentro, señor conde, decia Mercier á la persona con la que habia venido; no quiero que luego pueda vd. sospechar de mí lo mas mínimo.

Lavater habiéndose inclinado delante de sus dos visitantes, el conde se dirigió bruscamente hácia él, y con acento imperioso le dijo mirándole á la cara:

—Señor mío, he venido para saber si vd. me diria quien soy: si no me lo dice vd. publicaré por todas partes que es un charlatan.

—Pero, caballero, respondió Lavater, bien pudiera vd. ser mas cortés.

—Soy franco, señor mío.

—A mí vez tambien lo seré: es vd. un hombre que tiene todos los vicios sin haber puesto jamás por obra medio alguno para corregirlos, señor conde de Mirabeau.

E inclinándose otra vez, se retiró.

—Y bien, dijo el autor del *Cuadro de Paris*, con aire burlesco: ¡y bien! señor conde, Lavater habia dicho á vd. que seria franco: ¿qué piensa vd.?

—Piensó, replicó Mirabeau, que si toda verdad no es buena para dicha, tampoco lo es para pedida.

CRONICAS DE POBLET.

SAN BERNARDO DE ALCIRA. (1)

(1180).

—Hermano, por el santo hábito que visto, te aseguro he venido á Carlet, únicamente para enseñarte esa ley santa que hace mas de veinte años he abrazado. No ambiciono la herencia de nuestro padre, ni pretendo tus riquezas: mi reino no es de este mundo, y para esos cortos años de peregrinacion poca cosa necesito.

—Achmet, no comprendo los motivos que te han obligado á renegar de la ley del Profeta. El rey de Valencia te colmó de fortuna, nuestro padre te dió su gloria y todo lo has olvidado por una manía de innovacion que acostumbra á ilu-

(1) Véase el tomo X del Museo, pág. 51.

sionar á los jóvenes. ¿De dónde viene esa creencia? ¿Qué triunfos cuenta? ¿Cuántos mártires enumera?

—Almanzor, la ley de gracia vino al mundo por boca del Hijo de Dios, el cual se humanizó para dar el ejemplo de su doctrina, y selló con su sangre la verdad y la fe.

—El Coran ha costado mas sangre que no la ley del Hijo de María.

—Es verdad, Mahoma conquista con la espada, Jesus convence por medio de la palabra: aquel busca victimas, y este solo tiene mártires.

—¿Santifica la traicion y la apostasia esa doctrina de los nazarenos?

—Hérmamo, donde no hay engaño no hay traicion, y Dios ha dado la luz de la razon al hombre para convertirse.

—¿Qué diferencia hay entre las espresiones de apóstata y de convertido?

—El que abraza la verdad, se convierte; el que la abandona es apóstata.

—¿Quién será juez entre tú dogma y el de tus padres?

—Dios mismo.

—Achmet, basta por hoy. Mi corazon no te rechaza,

secta. El cristiano, desde el claustro iba á predicar la ley de Jesucristo, y el musulman desde su harem á defender el Coran; el uno con la palabra evangélica, y el otro con la cimitarra.

Carlet, en aquel tiempo, era una pequeña villa, que la voluptuosidad árabe construyó para asilo fuera del bullicio populoso de Valencia, sin que descuidase su seguridad contra las correrías de los enemigos, que desde los Pirineos se lanzaban á las llanuras del Ebro y del Turia. Los almoravides regalaron aquel feudo al padre de Almanzor y éste abrazó la causa de los almohades, cuya espada habia aniquilado á los antiguos sarracenos de la raza de los califas.

El monge cisterciense, antes Achmet, despues de su entrevista con su hermano, pasó á visitar á sus hermanas Zorayda y Zayda, últimos hijos del anciano régulo de Pintarrafes. Zorayda tenia diez y ocho años, ojos negros y la tez morena; Zayda era mas jóven, y su tipo participaba del clima, por sus ojos pardos y su rostro blanco.

Ambas recibieron al cristiano con admiracion infantil sintiendo, aunque sin comprender, la sublime abnegacion de Achmet que renunciaba á las delicias reales de un mun-



Martirio de San Bernardo de Alcira.

aunque no eres musulman; y me acuerdo que tuvimos una misma madre. Seas bien venido aquí, con tal que no trates de alucinar á mis vasallos. Lo que perdono á un hermano no te disimularia, si pensases en promover un cisma en mi familia y en este pueblo.

Este diálogo tenia lugar entre dos hermanos, uno de los cuales se habia convertido á la fe, por un medio milagroso, y el otro, por interés, debia sostenerse en su

do por la esperanza misteriosa de una felicidad futura.

—Escucha, decia Zayda. Yo no puedo concebir ese sacrificio material que tú tanto ponderas. ¿A qué fin mortificar el cuerpo contra sus inclinaciones naturales?

—Hermana querida, aun cuando la vida del hombre se redujese á esas sensaciones exteriores, ¿qué atractivo puede haber en un deleite tan fugaz, que ni tiempo nos da para medirlo? ¿Quién se atreve á decir, mi dicha ha durado

una, dos ó tres horas? La verdadera felicidad debe consistir en una intuición progresiva sin cansancio ni límites. ¿Dónde la encontraremos? En el seno del mismo Dios.

—¡Oh! exclamó Zorayda, ¿de qué ha de servirnos esa dicha tan perfecta si el paraíso solo fué creado para vosotros?

—No, Zorayda. El gran Ser, cuyo amor es una inmensidad, vino en carne mortal á esta vida, para enseñarnos lo que sois vosotras. Hijo de una Virgen, no conoció sexo ni edad: el género humano es un solo ser formado de eslabones, cuya cadena constituye al tiempo.

—¿Y podremos disfrutar de esa dicha?

—Sí, Zayda.

—Pero antes, hermana, es preciso ser nazarenas como ha dicho Achmet.

—¿Y qué hemos de hacer para ello?

—Escuchar á Dios que envía su gracia, y hacernos dignos de ella por medio de la oración.

—Empieza tú, nosotras seguiremos.

—Antes es preciso ser verdaderos hermanos en Jesucristo, y para ello tú, Zayda, te llamarás María como la madre del Salvador, y tú, Zorayda, te llamarás Gracia, en recompensa de la que recibiremos del cielo.

Hermanas mías, el Hijo de Dios se hizo mortal para enseñarnos á sufrir en esta vida de pruebas, y murió en una cruz para que su sangre nos redimiese.

—¿Y hemos de morir también nosotras en la cruz?

—Dichosa tú, María, si supieses merecer tan santo martirio. Empero nó es necesaria para nuestra salvación esa muerte cruenta; basta hacer con fé la señal de la cruz en nuestra frente, para que el Señor la acepte como si fuese su agonía verdadera.

—¡Oh! yo no tendría valor para morir.

—Dios te lo dará, Gracia; en aquellos momentos postremos los mas débiles son los mas constantes.

—¿Y la hermosa Morayma, es cristiana?

—La hermana de nuestro padre ha sido bautizada y ha repartido sus riquezas con los pobres.

—Muy dulce es esa creencia que en todos sus pormenores respira tanto amor.

—Y compasión por todos.

—Hasta por nuestros enemigos.

—Sí, yo quiero ser cristiana.

—Y yo también.

El monge cisterciense fué visitado en la villa de Carlet por la corte de Selim, y los nobles musulmanes de la antigua Edeta encontraron en el misionero tanto cariño y modestia, que no se cansaban de oírle. Empero á la admiración de la novedad, sucedió la reflexión y tras ésta vino el egoísmo. El rey de Valencia sospechó que Achmet, bajo el disfraz de nazareno, encubría una reacción á favor de los almorávides, tanto mas peligrosa por ser arma de oración y de seducción. Los visires se hicieron cargo de que la nueva secta de Achmet prohibía los serrallos, y las odaliscas mismas repugnaron abrazar un culto que condenaba la lascivia. Ello es que el monge quedó á poco aislado en Carlet: los cortesanos imitaron el ejemplo de Selim, Almanzor pasaba la mayor parte del tiempo en Valencia, dejando al hermano con las hermanas, y éste aprovechó la ocasión dedicándose con ahínco á la conversión de las dos jóvenes, las cuales no tardaron en abrazar con alegría la fé cristiana. De la esplicación del Símbolo, pasó el monge á las ora-

ciones, y al cabo de tres meses, Zayda y Zorayda podían ser llamadas verdaderas María y Gracia.

Un día, después del desayuno, estaban los tres retirados en la estancia de Bernardo, y éste, aprovechando los momentos, les propuso con suma dulzura abandonasen el traje musulmán y que vistiesen el blanco manto de las vírgenes nazarenas. Las hermanas con mucha docilidad cambiaron el ropaje y se presentaron al misionero con la túnica de catecúmenos.

—Arrodillaos, hermanas, dijo el monge, hoy seréis hijas de María y esposas del Señor si prometeis consagraros á él en cuerpo y alma.

—Hija de la Madre de Dios, respondió María.

—Esposa de Jesucristo, añadió Gracia.

—Vais á recibir el agua del bautismo, y por ella quedará purificado vuestro espíritu de toda mancha que pudiera haceros indignas del cielo.

—Así sea, dijeron las dos hermanas.

Abrióse en aquel instante la puerta de la estancia, y entró Almanzor no poco sorprendido al ver de rodillas las jóvenes y con las túnicas blancas.

—¿Qué significa esa farsa? preguntó asombrado.

—Hermano, respondió el monge, cuando en vida de nuestro padre fui enviado á la corte del conde de Berenguer, la tempestad me estravió en las montañas de Prades. Allí entre bosques, encontré realizado aquel sueño del cual te hablé varias veces siendo ambos casi niños. Llamado por el Señor, como aquel antiguo hebreo, no fui sordo á su voz, y la visión misteriosa de los sueños se hizo real en el templo de Jesucristo.

—¿Y qué quieres decir con tus sueños?

—Otros he tenido desde que soy cristiano, y no es por mi voluntad que he vuelto á veros. Es la del Señor que me envía para abriros los ojos á la luz de la verdad, para que abandonéis esa errada secta y os acojáis al rebaño que está en el camino de su salvación.

—Achmet, harás que pierda la paciencia, y que cometa contigo algún esceso.

—Hermano, escucha. Una noche que estaba orando en la iglesia de Poblet, se me apareció la sombra aquella de que te he hablado, y oí decia: «Bernardo, en Valencia te esperan.»

—¡Imbécil! exclamó el moro, das crédito á las visiones y obedeces á los sueños.

—¡Oh! no voy errado. He visto, he oído, he palpado la verdad santa.

—Dejemos polémicas, Achmet, abandona esos devaneos, ó por lo menos haz no sean públicos. Un escándalo mas en nuestra familia sería el colmo de la desgracia, y apartaría de Carlet á los buenos musulmanes, incurriendo por mi tolerancia en el desagrado de Selim.

—Dios me es testigo, hermano, que he hecho por mi parte cuanto he podido para salvarte.

—Estoy conforme si necesitas mi voto.

—Pero toda vez que no quieres ser hermano mio en la fé, desde hoy me separo de tí.

—Buen viaje.

—El Señor tenga misericordia de tí.

Aquella noche el monge salió de Carlet, llevándose á las dos catecúmenas, y Almanzor no supo hasta pasados tres días la fuga de sus hermanas. La indignación del moro no

tuvo entonces límites, y juró por Alá, no perdonaría al raptor, si llegase á caer en sus manos.

Mientras tanto, Bernardo, durante el camino, enardecía la flaqueza de las jóvenes, como que comprendía las probabilidades de su martirio si Almanzor les alcanzaba antes de llegar al Ebro. Y no porque el monge temiese á la muerte, si no que esperaba con el tiempo ganar para el cielo aquellas pobres niñas, que acaso no podrían resistir al dolor y á la tentación por ser tan recientes los recuerdos de familia. Para evitar la persecución del moro caminaban de noche, durante el día permanecían escondidos en lo mas espeso de los bosques y montes, alimentándose con las provisiones que llevaban consigo, por espacio de tres días. Estaba en su mayor fuerza el verano, y la luna alumbraba á los fugitivos, mientras que los jarales y alamedas les servían de abrigo á la violencia de los rayos del sol de agosto. Al tercer día percibieron desde una colina el pueblo de Guadamar, y no teniéndose por seguros por ser conocidos de sus moradores, se dirigieron hácia Alcira, cuya villa en aquel entonces, circuía un espeso bosque, al cual se retiraron los tres hermanos. Iban acabándose los alimentos, y no creyendo el monge que en Alcira se tuviese noticia de su fuga, se llegó á unas casitas estramuros de la población para comprar algunos comestibles. El barranco que separaba el bosque del camino no le permitió ver á varios ginetes musulmanes que sin duda le buscaban, pues apenas le entrevieron al salir de la espesura corrieron á él.

No quedó sorprendido el monge, aunque su hermano Almanzor capitaneaba á los caballeros, antes bien dijo con alegría:

—Bien venidos, amigos míos.

—¡Ah! perro traidor, exclamó el moro, no te valdrán por esta vez tus arrumacos. Yo te prometo que ni por el sepulcro del Profeta he de perdonar tal bastardía, como no vuelvas inmediatamente á la ley del Corán y entregues á las dos incautas á quienes has seducido.

—Las niñas han aprovechado mis lecciones, y la gracia del Señor está con ellas. Ojalá que tú hubieses escuchado la palabra divina, que no lloraría ahora por esa ceguera que te conducirá á la muerte eterna.

—Achmet, no acabes de desesperarme.

—Almanzar, ya ves que estoy tranquilo y alegre.

—Oye. El rey de Valencia irritado contra tí maldice el nombre de nuestro padre, y temo que su venganza recaerá sobre todos. Si es que tú, estraviado por esa nueva secta, has renegado completamente á Alá, á lo menos hubiese quedado ignorada tu apostasia y no me hubieras comprometido. ¿Qué responderé á Selim cuando me pregunte por Zayda, prometida á su favorito Aman, y por Zorayda á la cual trataba de elevar hasta su mismo trono?

—Podrás decirle que Zayda ya no se llama así, y que tiene otro esposo: en cuanto á Zorayda mejor trono le espera del que tú y Selim podéis ofrecerla.

—Achmet, no seas mal hermano: ningún daño te he deseado, y ten lástima de tu familia.

—Mis hermanos son los cristianos, y ningún lazo me une ya contigo.

—Tu mismo has pronunciado la sentencia, gritó Almanzor. Ya que no somos hermanos, he de ser tu juez y tu verdugo.

—El Señor tenga piedad de tí, pues no sabes lo que haces.

—Apóstata, me insultas

Esclamó el moro, y dió un terrible bofetón al monge que casi le derribó al suelo.

—¡Dios mío! Suspiró Bernardo, vos recibisteis mas de mil y érais hijo del Señor.

—¡Blasfemo!

Murmullaron los agarenos, los cuales á una simple insinuación de Almanzor lo maniataron maltratándole con de-nuestras y burlas.

—Como el Cordero fui atado, dijo el monge.

—¡Matadlo! mandó el régulo.

Los moros principiaron á golpearle con palos y pronto hubiesen acabado con el mártir á no haber reflexionado Almanzor que faltaban las hermanas.

—Achmet, preguntó é hizo señal con la mano á los mahometanos para que suspendiesen el vapuleo, ¿dónde están Zayda y Zorayda?

—María y Gracia caminan al cielo.

—Llevadlo al bosque, dijo el moro.

—Jesus despues de ser atado, bofetado y azotado fué conducido al Monte Calvario, añadió el monge.

Al llegar al barranco fué atado el mártir al tronco de una encina, y uno de los agarenos empezó á llamar á Zayda y Zorayda en alta voz. El eco repitió algunas veces sus nombres, mas todo volvió á quedar en silencio.

—¡María, Gracia! llamó Bernardo esforzando la suya.

—¡Hermano! respondieron á lo lejos las niñas. Al salir de la espesura quedaron un poco sorprendidas viendo á los moros, mas apenas percibieron á su hermano atado al árbol corrieron apresuradas hasta postrarse á sus pies.

—¡Estas herido! dijo llorando Gracia.

—¿Quién es el cruel que se ha atrevido á maltratarte de esta manera? sollozó María.

—Hijas mías en Jesucristo, nos han ultrajado y escarnecido por los pecados del mundo, en justa espiciación de lo que sufrió el divino Redentor por nosotros. Así han seguido las huellas del Dios-mártir aquellos santos de los que os he hablado algunas veces, Lorenzo, Pedro, Jacobo, Esteban y las vírgenes Tecla, Eulalia, Leocadia y Ursula. Todos murieron por la fé y alcanzaron la palma por su constancia: y tambien perdonaron á sus enemigos. El soldado que hirió á Jesus cuando estaba clavado en la cruz se convirtió, y uno de los ladrones que murieron con él exclamó en su agonía: «Señor, vos sois el Justo; nosotros merecemos el suplicio por nuestros crímenes. Acordaos de mí cuando esteis en el paraíso de vuestro padre.» Lo mismo repito yo, hermanas queridas; el Señor no nos olvide en este día.

—¡Ay! gritó la mas jóven, yo quiero morir contigo.

—Y yo tambien, continuó la otra.

—Ya lo ves, ¡desdichado! interrumpió Almanzor. Hasta qué extremo llega el fruto de tu desvarío y el mal ejemplo que has dado á esas niñas. Afortunadamente en ellas es una inocentada lo que en tí es un delito abominable. Por último vez te lo ruego.

—Sarraceno, dijo con energía el mártir, no te temo y me río de tus amenazas. El Señor que en sus momentos postreros sostuvo el valor de tantos apóstoles y discípulos suyos no me abandonará hoy. En su nombre te aviso yo que es hora despiertes de tu letargo: mañana será tarde. La media luna cederá su trono al lábaro y las mezquitas se trasformarán en templos de Jesucristo. La sangre derramada ferti-

izará á la España, y cada peña dará un creyente. Acordaos que sois almoravides y que Ab-del-mumen ha pasado por encima del cádaver de Ibrahim para subir al trono. Lo que han hecho los almohades en el pie del Atlas lo harán otros en Granada, y se acerca ya el último día de la dominación musulmana en la Europa. Piénsalo bien, Almanzor, es un moribundo el que habla, y mis palabras son una profecía.

—¡Oh! exclamó el moro con rabia, es ese licor pérfido del que abusan los nazarenos, el que te inspira tan descabellados vaticinios: se valen de tales bebidas espirituosas para acalorar vuestra imaginación. Alá no permita la discordia entre los verdaderos creyentes y confunda á los malvados que abandonan la ley de sus abuelos.

Las hermanas entretanto continuaban llorando.

—Hijas del alma, dijo el mártir sin escuchar al sarraceno, enjugad vuestras lágrimas: no es esta hora de lloro, sino de alegría, pues hoy lograré la corona que el Señor me anunció hace mas de veinte años. Así como mi alma se fortalece y eleva considerando la pasión de Jesús, así también animaos con mi ejemplo, resistid las tentaciones, armaos con el signo de la fé, y el Señor os dará poder para sufrir injurias, paciencia para las ofensas y valor para morir; que en la muerte también hay alegría cuando tras el sepulcro se espera la felicidad eterna. Como el oro en el fuego se prueban los cristianos en el martirio.

—No dudes, Bernardo, contestó María besando los pies de su hermano, que tendremos constancia en la fé y pedimos al Señor nos ayude en este trance, pues descamos como tú sufrir intolerables tormentos por nuestro celestial esposo, y estamos seguras no desfallecerá el ánimo, ni desmayará nuestro corazón aunque el hierro y el fuego nos prueben; sabemos, como tú has dicho, que sin la constancia no hay triunfo, ni esa hermosa corona que nos ha de llevar al cielo.

—Hermano, prosiguió Gracia sollozando, no lloramos por nosotras, sino por tí. Lo que te pido, en nombre de la Virgen Madre es la bendición, para que nos dé mas valor todavía si lo necesitamos.

—Estais unánimes y conformes en la fé que os he predicado, en nada temais á la muerte. Lo que para ellos ha de ser causa de perdición, será para vosotras salvación y gloria. El Señor os da su gracia, pues habeis creído en él, y os la dará también para que padezcáis las torturas que en mí ois y veis se ejecutan.

—Padre y hermano, bendecidnos, ya que no hemos logrado aun esa agua santa purificadora del pecado.

—El bautismo de la inocencia es poco para vosotras, hermanas mías; el cielo os prepara otro bautismo mucho mas glorioso, que es de sangre en vez de agua. La vuestra va á ser derramada, y dichosas sois, pues vais á morir por aquel que ya murió por vosotras.

Las jóvenes seguían llorando. Entonces el mártir haciendo la señal de la cruz continuó:

—En nombre de Dios, ruego á la Santísima Trinidad, que el poder del Padre, la gracia del Hijo y el amor del Espíritu Santo sea con vosotras.

Mientras tanto Almanzor se habia alejado hacia el camino real y parecia buscar algo que le faltaba. A lo lejos divisó á un pescador que se dirigia á Alcira. Llámole en alta voz, y cuando estaba cerca:

—¿A dónde vas? le preguntó.

—A la villa.

—¿Qué oficio tienes?

—Soy barquero.

—¿Llevas clavos y el mazo?

—Aqui traigo unos y otro.

—¿Quieres cien zequies?

—Buena falta me hacen.

—Puedes ganarlos en menos de una hora.

—Estoy pronto.

Almanzor condujo al barquero frente al monje atado á la encina.

—¿Eres buen musulmán? volvió á preguntarle.

—Me vanaglorio de serlo, respondió el villano.

—Aqui tienes un charlatan nazareno que es enemigo de Alá y de su Profeta.

—Alá le confunda.

—Pues clávale ese hierro en la frente hasta que muera, y habrás ganado los cien zequies.

—Lo haré con mucho gusto, aunque no mediase tan honrada recompensa.

Y el barquero se aproximó al mártir para cumplir aquel mandato cruel.

—No tengas compasión de él, gritaba el moro, es un apóstata y ha seducido á esas niñas.

Las pobres jóvenes prorrumpieron en alaridos y se abrazaron con Bernardo.

—Arrancadlas, continuó Almanzor, y llevadlas lejos de aqui.

Cuando las dos hermanas estuvieron lejos de aquel sangriento espectáculo, el barquero puso el clavo entre los ojos de Bernardo, y á golpes de mazo lo hizo penetrar hasta detrás de la oreja izquierda.

El monje no dió un solo grito de dolor al recibir el primer golpe; únicamente volvió sus miradas al cielo exclamando:

—Perdonadles, como yo les perdono.

Almanzor palideció al oír el crugido seco del hierro que fracturaba los huesos, y la voz quedó ahogada en su garganta. Un silencio siniestro reinó á la sazón, y cada golpe conmovió el corazón de los espectadores. Mudo é inmóvil presidió el drama Almanzor y el murmullo de la selva se oía divagar, mientras que agonizaba Bernardo. Algunas palabras entrecortadas salieron de sus labios moribundos, y al exalar el postrer suspiro invocó el dulce nombre de ¡Jesús!

Poco despues el regulo de Carlet, vuelto en sí y avergonzado de su flaqueza, quiso ensañarse con las jóvenes; aunque no dejó de probar si con ruegos podia persuadirlas á que dejasen la ley cristiana.

—Hermanas, las dijo luego que estuvo en su presencia, durá ha sido la lección que hemos presenciado al ver á un hijo de nuestro padre morir como apóstata y traidor á su misma sangre: ha sufrido el castigo que merecia. En vosotras es ligereza mugeril, que compadezco por ser tan pocos los años que contais. Volved conmigo; un extravío se borra con la enmienda, y no dudo que todavía sereis recibidas con cariño en el seno de la familia.

—Almanzor, respondió María, con la muerte de Bernardo has roto los vínculos que nos unían en la tierra. Si alguna prueba hacia falta á nuestra inesperienza en el santo dogma de Jesucristo, hoy ha sido completa en el martirio de nuestro hermano. Desengañate, Almanzor, ni los tor-

mentos, ni las promesas harán titubear nuestra fé: somos esposas del Señor, y su madre gloriosa acudirá al socorro de sus hijas, no para salvarnos de la muerte, que con ansia deseamos, sino para darnos la mano y con ella volar al cielo.

—Almanzor, añadió Gracia, deseamos morir como Bernardo y no abandonaremos la fé del Dios verdadero aunque ejerzas con nosotras mayores crueldades que con tu hermano. Esta es mi voluntad, dar mi existencia por Jesucristo.

—Vete, vé, exclamó María, á la corte de Selim y dile que dentro de poco estaré en un trono celestial en donde no reinan crímenes ni impurezas. Podrás jactarte de buen musulmán, que tu propia sangre has derramado en honor del falso Profeta.

—¡Matadlas! interrumpió airado el régulo.

Sacaron los alfanges aquellos sayones, mas no se atrevieron á herirlas.

—¿Qué os espanta? dijo animándose mas y mas la joven Gracia. Hé aqui mi garganta; herid, no temais.

Los agarenos miraban, poseidos de estupor, aquel valor sobrenatural en unas flacas niñas, y á pesar de las órdenes de Almanzor no osaban poner sus manos sobre ellas.

—¡Matadlas! gritaba sin cesar el moro.

El barquero fué el único que armado con el alfange de un soldado tuvo la inhumanidad de pasar el pecho á María. La hermosa joven flaqueó sobre sus piernas y suspirando el nombre de la Virgen, fué á caer á los pies de su propio hermano.

Gracia se arrodilló al lado del cadáver de la mártir, y esperó el golpe asesino que en su cuello asestó el barquero, cortando á la segunda vez aquella preciosa cabeza que rebotó por el suelo en medio de un mar de sangre.

Cuando el rey don Jaime I de Aragón fué á conquistar la villa de Alcira, mandó buscar los cuerpos de los tres mártires, que fueron encontrados en el mismo punto en donde se edificó la primera iglesia que há venerado como á santo al moro Achmet, que fué después monja del Cister.

Joaquín Ferrandis.

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.



Copia de una estatua de Filoctetes

GLORIAS DE ESPAÑA.



Flaviano, obispo de Antioquia, á los pies de Teodosio.

EL GRAN TEODOSIO.

I.

Hay en España y á orillas del caudaloso Betis una pequeña ciudad hoy casi olvidada, pero cuyas venerables ruinas atestiguan que fué en otro tiempo populosa y magnífica. Itálica (Sevilla la Vieja) fué la que dió á Roma emperadores cuya memoria bendijese la posteridad, y cuando el ser emperador romano equivalía á dominar en todo el universo, Itálica fué la cuna de Trajano, Adriano y Teodosio, como lo fué también de Silvio Itálico, de Anatolio y de otros hombres célebres.

Teodosio I, este español insigne tanto en la paz como en la guerra salió de Itálica cuando apenas contaba diez y ocho años de edad, para hacer sus primeras campañas en compañía de su padre, que desempeñaba uno de los primeros cargos de la milicia. En las guerras de Inglaterra y de Africa ya demostró su valor y su prudencia, y mas todavía cuando con-

fiándosele mando de un ejército venció á los sarmatas, ahuyentando las hordas de bárbaros que infestaban las comarcas de la Tracia, la Grecia y la Pannonia. A estos triunfos se debió el que, adoptado por Graciano, fuese proclamado emperador de Oriente en el año 379, con singular aplauso del pueblo y del ejército.

Apenas Teodosio se vió en el trono de los Césares, se dedicó á reparar los males del imperio por medio de una sabia administración, sin abandonar la guerra contra los godos de la Tracia; pero una grave enfermedad que le sobrevino en Tesalónica, hizo que levantasen la cabeza todos los enemigos del imperio romano, y aun que se pasasen á las opuestas filas muchos que militaban bajo sus banderas. Convaleciente Teodosio de su enfermedad y ya regenerado con el agua del bautismo, volvió á salir á campaña y derrotó de nuevo á los godos, y á su rey Atanarico y á los principales de su corte, que fueron á refugiarse bajo su protección en Constantinopla, los recibió con una afabilidad que le hizo ganarse el afecto de sus vasallos. Destronado su bienhechor, el emperador Graciano, por la repentina rebelion de Máximo,

marchó Teodosio contra éste, y vencióndole y humillándole una y otra vez, logró pacificar el Occidente, dedicando todos sus cuidados á conseguir lo mismo en el Oriente, en cuyas dos grandes divisiones del imperio pensaba le sucediesen como emperadores sus dos hijos Arcadio y Honorio.

Con la muerte de Valentiniano y castigo de Arbogasto, su asesino, quedó Teodosio señor del Oriente y Occidente, dedicándose, cuando el descanso de la paz lo permitía, á reparar los males de la guerra, á favorecer los progresos del cristianismo y al exterminio de la idolatría, haciendo que la época de su reinado fuese una de las mas venturosas de la edad media del imperio romano. Una mancha tan solo se quiere señalar en la vida de este hombre insigne, y es la matanza de Tesalónica; pero el relato que sigue está destinado á probar que si Teodosio, para restablecer el imperio de las leyes y reprimir la mas vergonzosa licencia, se vió obligado á decretar un ejemplar castigo, era porque hartó y bien inútilmente habia perdonado ya.

II.

Antioquia de Siria era una de las ciudades del imperio romano á la que el emperador Teodosio habia distinguido con mayores señales de su benevolencia. Por la grandeza, la belleza y la opulencia de sus edificios era considerada Antioquia como la capital del Oriente. Estaba dividida en cuatro cuarteles rodeados de murallas, cada uno de los cuales podia muy bien pasar por una ciudad, y entre los mas bellos edificios descollaba el palacio, mandado construir por Teodosio en el arrabal de Daphné, y hasta habia dado á entender que pronto honraria á la ciudad con su presencia. Esta ciudad tan favorecida del emperador fué, sin embargo, la que osó rebelarse contra él, y la que en extremo ingrata dió el ejemplo de una resistencia desconocida en el resto de la Siria.

Fué el pretexto un tributo extraordinario que se trataba de imponer en todas las provincias del imperio, pero que fué muy mal recibido en Antioquia. Además de sus 200,000 habitantes se reunia en esta ciudad una muchedumbre de extranjeros de todas las regiones del imperio. Tan heterogénea multitud era materia dispuesta para las mas violentas agitaciones, y así fué que á pesar de los esfuerzos del gobernador estalló en la ciudad un motín espantoso. Los ciudadanos, los extranjeros, los esclavos, los miserables de toda especie se esparcen por las calles dando gritos sediciosos, invaden los edificios públicos y las termas, rompen y destruyen los muebles y los ornamentos; van luego á la casa del gobernador, que tiene que cerrar las puertas y fortificarse con algunos pocos guardias para resistir á los amotinados. Las efigies del emperador colocadas en algunos puntos de la ciudad son insultadas y apedreadas, y llegando á su colmo el furor de los sublevados, tiran al suelo las estatuas de Flaccila, de Arcadio, de Honorio, y atando cuerdas á la estatua ecuestre de bronce de Teodosio, y prestando todos con avidez los brazos para aquella obra de furor, hacen que la colosal estatua se desprenda del pedestal y se estrelle en pedazos contra el suelo, abandonando los fragmentos á la plebe mas abyecta que los arrastra por las calles llenándolos de imprecaciones, mientras que otros sediciosos prendian fuego á las casas de los principales senadores.

Como la efervescencia del pueblo no podia ser muy du-

radera, pasado el primer arrebato y satisfecho el impulso de cólera, el mismo exceso de insolencia asustó á los mas alborotados. El espectáculo de las estatuas del emperador arrastradas y hechas pedazos asustó tanto á la mayoría de los ciudadanos, como si realmente hubiesen visto esparcidos los miembros de aquel emperador respetable. La sedición iba cediendo, y los mas comprometidos se escapaban de la ciudad: el gobernador con algunos soldados ya pudo salir y acabar de restablecer el orden, siendo uno de sus primeros cuidados el despachar correos extraordinarios al emperador con el parte circunstanciado de todo lo sucedido. Esta medida acaba de introducir la consternación en el pueblo, y recuerda el castigo que espera á toda la población, en la que inocentes y culpables serán comprendidos en una severa y general medida. Los magistrados se reúnen y empiezan una especie de información, decretando muchas prisiones, que se verifican sin tardanza. Al acceso de frenesí ha sucedido la mas triste calma, y á la osadía temeraria la vergüenza, los remordimientos y el temor de un ejemplar castigo.

III.

Sabido era que los primeros accesos de la cólera del emperador Teodosio eran tan pronto como terribles, y todo se podia temer del efecto que en él hiciesen los correos de Antioquia. La ingratitud de esta opulenta ciudad, á la que tanto habia distinguido, aumentaba el enojo del emperador, que si pudo oír sin alterarse el ultraje hecho á su autoridad y á sus estatuas, no fué dueño de contenerse cuando oyó que los mismos atroces insultos habian sido hechos á las estatuas de su padre y de Flaccila, su querida española, á la que ya habia hecho su esposa antes de ser emperador. El primer movimiento de Teodosio fué el de mandar que Antioquia fuese arrasada desde los cimientos, y que todos los habitantes quedasen sepultados entre las ruinas; pero vuelto de su primer arrebato quiso dar á la pena una forma legal, y que la ejecución de su venganza fuese mas conforme á las reglas de la justicia. Para esto comisionó á dos funcionarios de toda su confianza, á Hellebico y á Cesareo, dándoles las órdenes mas rigurosas y enviándolos á Antioquia con poder de vida y de muerte sobre los culpables. En esta consternada ciudad reinaba un terror pánico que hacia huir á los habitantes á los bosques y las montañas. Sabiase ya la venida de los comisarios del emperador, y la fama, como sucede en estos casos, exageraba las noticias.

—Destruirán la ciudad hasta los cimientos, decian, y pasarán el arado por el terreno que ocupó, degollarán á los senadores y perseguirán hasta en el fondo de los bosques á los infelices que allí hayan buscado su salvación.

Antioquia, ciudad de disolución y de placer, estaba entonces bien cambiada por la adversidad, y los cristianos, que eran entre todos los habitantes los que mejor practicaban las virtudes, acudían con fervor á los templos y entonaban sin cesar los salmos y cánticos sagrados, pidiendo remedio y consuelo al único que podia aliviar tan aflictiva situación. Al llegar á Antioquia los comisarios imperiales, la plebe salió con afán á recibirlos, acompañándolos á su alojamiento entre aclamaciones y plegarias. Para borrar si era posible la memoria de la sedición, ya todos á porfía querían pagar el impuesto que habia dado motivo para ella, y hasta

ofrecian al emperador sus bienes, sus tierras y todo cuanto poseian; pero ya era tarde, y los comisarios, segun el mandato del emperador, tenian que hacer un ejemplar para castigo de la sedicion.

Empezaron por mandar que se cerrasen el teatro, el circo y los baños públicos: despues notificaron que la ciudad quedaba privada de su cualidad de metrópoli y reducida á la simple condicion de pueblo subalterno, sometido á Laodicea, su antigua rival, que por este cambio iba á ser la capital de la Siria: que ademas quedaria Antioquia privada de su territorio y sus privilegios, y que hasta cesaria de hacerse á los pobres la distribucion de pan que en dicha ciudad se hallaba establecida lo mismo que en Roma y Constantinopla.

Tan duras condiciones no aterraron tanto al pueblo como la prision de todos los que estaban convictos de haber tomado parte en la sedicion, á todos los cuales, despues de un juicio muy ligero, se los encerraba en un recinto amurallado esperando dia para la ejecucion. Hallábanse allí espuestas á la intemperie personas de las mas notables de Antioquia por su nacimiento, sus empleos y sus riquezas, y era seguro que con su muerte la ciudad perdía todo su esplendor. Todas las familias estaban de duelo y los habitantes consternados, pálidos y llorosos, imploraban de los jueces que se prorogase la sentencia hasta dar cuenta de ella al emperador. Pero ni los jueces se atrevian á eludir las órdenes de Teodosio, ni entre los habitantes habia quien se atreviese á presentarse delante de él, hasta que todos pusieron los ojos en el obispo Flaviano, prelado venerable por su santidad y por sus años, y muy estimado del emperador.

—Id, le decian, á mitigar la cólera del principe. De vos solo pende la salvacion de Antioquia. Solo vos podeis escitar la bondad natural del gran Teodosio, que no podrá menos de escuchar á un prelado tan venerable y tan digno de serlo.

Al fin el santo obispo aceptó aquella penosa comision, de la que le escusaban bastante los achaques de la vejez y las fatigas de un largo viage; pero estaba resuelto como buen pastor á dar la vida si era necesaria por sus ovejas, asi es que dijo por despedida á los que con ansiedad salian acompañándole:

—Tenemos un principe cristiano y piadoso, y espero que atenderá á mis súplicas. No me apartaré de su lado hasta haber obtenido nuestro perdon. Creed que ó evitaré que manche sus manos en la sangre de mis hermanos, ó tendrá que inmolarme con ellos. Si para aplacar su cólera se necesita todavia sangre, yo estoy pronto á dar mi vida por el pueblo de Antioquia.

IV.

Cuando Flaviano despues de extrema fatiga llegó por fin á Constantinopla y logró verse delante del emperador, á pesar de toda su resolucion y de que habia implorado el favor del cielo para aquella entrevista, se quedó suspenso, confuso, sin atreverse á mover los labios y con la cabeza baja, como si todos los crímenes de su pueblo pesasen sobre él; pero Teodosio, que conocia la inocencia y santidad del venerable prelado, y que tampoco podia desconocer el objeto de aquella visita, se vino hácia Flaviano y con tono de airada reconvenccion le empezó á recordar todo lo que habia hecho por Antioquia y las muestras que la habia dado de pre-

ferencia sobre todas las ciudades del imperio, concluyendo por preguntar.

—¿Es asi como esa ingrata ciudad corresponde á mis beneficios?

—Señor, contestó Flaviano con voz entrecortada por los sollozos, aquella infeliz ciudad tiene demasiadas pruebas de vuestro amor y vuestros beneficios, y esto es lo que ahora causa todo su oprobio y su dolor. Por severo que sea el castigo que se la imponga, siempre será inferior á su ingratitud.

—¿Luego conocen que no he sido culpable para con ellos? ¿Que no ha habido injusticia por mi parte que les sirva de pretexto para vengarse?

—Conocen que en vuestra persona han ofendido al universo entero, y mas que vuestras justas reconvencciones anada á los habitantes de Antioquia el sentimiento de su corazon. Es un espectáculo bien triste el que están ofreciendo al mundo, errantes, temblando sin cesar y temiendo mas que al castigo á vuestra justa indignacion. Para que esta se mitigue y para que volvais á mi patria vuestra benevolencia es para lo que vengo á arrojarme á vuestras plantas, ¡oh el mas humano y generoso de los principes!

No pudo Teodosio ver con indiferencia postrado ante él y en el colmo de la afliccion á tan respetable anciano y santo prelado, asi es que haciéndole que se levantara, le dijo:

—Y aunque fuera dable perdonar mis propias ofensas, ¿cómo quereis que perdone las hechas á los que ya no existen? porque esos insensatos, no contentos con insultarme, han llevado su estravío y su furor hasta el extremo de ultrajar á los muertos.

—Siempre se puede imitar la bondad de Dios, que ultrajado por sus criaturas, las ha abierto los cielos. Advertid, principe, que nuestro odioso atentado puede ser para vos el origen de una gloria inmarcesible, y que una sola palabra de perdon os puede proporcionar la mas memorable y duradera de las conquistas, y ser causa de las buenas acciones que el ejemplo de vuestra clemencia producirá en los siglos venideros. Borrado, señor, nuestro crimen con un generoso perdon, y haced que desaparezca la memoria del atentado, cambiando á los rebeldes en súbditos leales y agradecidos. Solo á vos y á vuestra virtud divina está reservado el hacer este milagro.

Notando el buen Flaviano que el emperador se manifestaba algun tanto conmovido, esforzó mas y mas sus razones, recordándole tan oportunamente las piadosas máximas del Evangelio, pintándole con tal viveza el arrepentimiento y la desesperacion de los habitantes de Antioquia y la gloria que le resultaria de perdonarlos, que el magnánimo Teodosio, en cuyo pecho batallaba la cólera con la compasion, se enterneció al fin y exclamó haciendo un esfuerzo sobre sí mismo:

—¿Cómo he de negar yo el perdon á hombres que son mis semejantes, cuando el mismo señor del universo pidió á su padre por los autores de su suplicio?

En seguida estendió una orden revocando las que habia dado para el castigo de Antioquia y concediendo un amplio perdon, y entregándosela á Flaviano, le dijo:

—Id, padre mio, id sin tardanza á manifestársela á vuestro pueblo, que espera con afan vuestro regreso. Id á restablecer la calma y la felicidad en Antioquia.

No era menester recomendar la diligencia al santo obispo, que gozoso y penetrado del mas vivo reconocimiento al

emperador, volvió á su rebaño, en el que tan feliz noticia llenó los corazones de alegría y fué motivo de un regocijo general, en el que no escasearon las aclamaciones al emperador y á Flaviano.

Tal desenlace tuvo la famosa sedición de Antioquia, que para escarmiento general se esperaba ver castigada con unas penas terribles. El Ser Supremo, que tiene en su mano el corazón de los príncipes, solo permitió que se armase para los culpables el brazo de sus propios magistrados, y reservó para el gran Teodosio el honor y la gloria de perdonar.

FRANCISCO FERNÁNDEZ VILLABRILLE.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

NOVELA.

I.

En 1845, había en París un joven pintor, llamado Federico Lambert. Vivía pobre, pero contento, en uno de esos barrios silenciosos en donde los artistas suelen establecer su modesta morada. Tenía veinte y cinco años, talento, un corazón magnánimo, y lo que era muy raro, mas ingenio y habilidad de lo que él mismo creía. Su figura, sin ser hermosa, era agradable: no se le podía ver sin amarle, y sin sentir una dulce inclinación hacia él. Afectuoso y bueno, se regocijaba sinceramente con los triunfos de sus amigos: modesto y confiado en el porvenir, aunque todavía no estaba encargado del ornato de capillas, ni de pintar batallas para el museo de Versalles, no se quejaba de la injusticia de sus contemporáneos, ni se conceptuaba despreciado. El trabajo llenaba todos los momentos de su vida: algunos de sus retratos habían llamado la atención, y ese fué su punto de partida para la felicidad que merecía, y que consiguió mas adelante.

Su madre y su hermana vivían en el centro de la provincia con un corto patrimonio, al cual agregaba él la mejor parte de sus ahorros. Sabía que su hermana debía contraer matrimonio, el otoño inmediato, con un joven trabajador y pobre como ella, á quien amaba ya hacia algunos años, y resolvió formarle un dote que la permitiese entrar en su nuevo estado sin inquietud ni temores para en lo sucesivo. Además, pensaba largo tiempo hacia en recorrer la Francia con el saquillo á la espalda, viage en que su paleta le proporcionaría para satisfacer los gastos, deteniéndose en los sitios que mas le gustasen, dirigiéndose de una á otra población, y ofreciendo su pincel á las personas dominadas de la noble ambición de transmitir sus facciones á la mas remota posteridad. Partió, pues, una hermosa mañana de abril, con ligera planta y corazón alegre.

En la manera de llevar la cabeza al tiempo de marchar se conocía que disfrutaba de todas las ventajas de su edad, y se adivinaba que para ser feliz, le bastaba existir. Al cabo de algunos meses, había formado una buena pacotilla; la Providencia parecía bendecir la dulce y piadosa tarea que se había impuesto. Presentábanse en grande número los modelos, y su buen aspecto y su talento le abrían todas las puertas. La Turena, el Poitú y el Limosin le pagaban tributo, é hidalgos y plebeyos se disputaban el honor de que

los retratase. No le asustaban las caras mas estrañas, por que pensaba en la hermana que iba á enriquecer, y mientras reproducía en el lienzo algun mascarón iluminado, alguna cara sin espresion, ó algun hocico de fuina ó de comadreja, veía un rostro fresco y juvenil que le daba las gracias sonriéndose. Merced á la escelencia de la imitación, se atraía todos los votos. En cuanto concluía un retrato en una quinta ó casa de campo, le sometía sin temor al fallo de los individuos de la familia y de los criados, y era tan asombrosa la semejanza, que hasta la jovencilla que guardaba los pavos, hasta el ayuda de cámara del señor baron, todos quedaban estasiados. Había mas: salpicaba su conversacion con tantas agudezas, y era tal su afluencia y atractivo, que sus patrones se resignaban con suma dificultad á dejarle marchar. Al escucharle la dueña de la casa olvidaba la lectura del folletín del periódico, el capellan se distraía en el whist, y el señor baron declaraba al preceptor de su hijo, que despues de los nobles, los artistas eran los únicos que en Francia tenían talento. En fin, cuando sordo á las reiteradas instancias, Federico se decidía á abandonar el puesto, su sombrero blanco con ala ancha, su chaquetón y pantalon de pana, su corbata anudada negligentemente, el cuello de su camisa doblado, y el saquillo militar, que con tanta soltura como gracia llevaba á la espalda, que contenía, entre otras cosas, la caja de los colores, y del que pendían el paraguas y la silla de tigera, escitaban un sentimiento muy parecido al de la admiración; amos y criados se asomaban á los balcones, y le seguían con la vista hasta que le ocultaban los recodos que formaba el sendero. En una palabra, especuló tan perfectamente con la vanidad, que á fines de agosto su cinto se había redondeado, y creyó cumplido su proyecto.

En los primeros dias de setiembre llegó á casa de su madre.

—Estiende tu delantal, dijo á su hermana, que se abrazaba á su cuello: y tomando su cinto lleno de oro, le vació en el delantal de la hermosa jóven, que estaba casi enagenada de júbilo. Algunos millares de escudos, que para una jóven criada en la opulencia apenas bastan para comprar un canastillo de boda, representan, para una pobre de provincia, los mas santos goces de la familia. Despues de asistir al matrimonio de su hermana, de cuidar mucho á su madre, y de establecer de un modo decoroso á los nuevos esposos, Federico partió colmado de bendiciones, llevando en su corazón la tierna y consoladora imagen de la felicidad á que había contribuido. Además de la melancolía de la despedida, aquel momento no estuvo exento de amargura. Al compaar la alegría que había disfrutado, con la soledad que le aguardaba en París, no pudo eximirse de un sentimiento de tristeza. La ventura de su hermana era su mas dulce recompensa; y sin embargo, la conciencia de haber cumplido un deber, no le impedía en pensar en sí mismo: dejaba detrás de sí un cariño mútuo, esperanzas comunes, é iba á volver á emprender el aislamiento, un trabajo, que no amenizaria ninguna sonrisa.

Aquella emoción no resistió á los encantos del camino: la estación era todavía muy buena, y para volver á París, Federico tenía que atravesar una de las comarcas mas pintorescas de la Francia. Apenas puso el pie en la antigua provincia de la Marche, quedó sorprendido del carácter silencioso y poético del paisaje que se desarrollaba ante su vista. En ninguna parte había encontrado un río tan cristalino

tan frescos valles, ni horizontes tan variados. Los bosques y collados estaban adornados con toda la magnificencia del otoño: gorgueaban las avecillas, y la aguzanieve ó nevadilla se balanceaba á la orilla de los pequeños lagos que estaban como perdidos en medio de las aliagas. Federico no quiso separarse de aquel rincón de tierra, sin llevar en su cartera un recuerdo vivo de las agrestes bellezas que se presentaban á sus ojos. Caminaba al acaso, dibujaba todo el día, y por la noche se detenía en una granja ó en la posada de alguna aldea: por donde quiera, su juventud y su gracia le proporcionaban la mas benévola acogida. Apasionado del arte y de la naturaleza, encontraba en aquella existencia errante y solitaria un encanto que todos los corazones jóvenes comprenderán fácilmente, y que tal vez envidiarán.

Una mañana, seducido por la frescura de un sendero rodeado de acebos y alheñas, se apartó del camino real, y se internó mucho en las tierras. A la edad de 20 años, nada hay tan grato como el andar de ese modo sin saber á donde se va. A cosa del medio día se había desayunado en una alquería con una jarra de leche caliente, y al ponerse el sol entraba hambriento en la aldea de San Mauricio. Situada en el fondo de un estrecho valle, y rodeada de bosques y montañas, esa aldea es una de las mas deliciosas que bañan las aguas del Creuse; pero Federico en aquel momento no se cuidaba, en verdad, de la riqueza del paisaje. Al desembocar en la plaza de la iglesia, vió balanceada suavemente sobre una puerta por la brisa de la tarde, una plancha de hierro ú hoja de lata, en la que había pintado con color amarillo un volátil, que habría introducido la confusión en la ornithologia, si el autor de tan linda obra, para no dejar duda de sus intenciones, no hubiese tenido cuidado de escribir debajo de ella estas palabras: *A la Aguila de Oro*.

La vista de aquella muestra causó en aquel instante mas gozo á nuestro héroe, que si hubiese sido un cuadro de Gleyre. No podía vacilar en la eleccion, porque el *Aguila de Oro* era la única posada de la aldea. A pesar de lo enfático de su título, no era posible que pasase por un palacio, mas sin embargo, se observaba en ella limpieza y buen orden. Apenas entró Federico, cuando por efecto sin duda de la dichosa y risueña juventud, que todo lo atrae en derredor suyo, la huéspeda y sus dos hijas se apresuraron á saludarle. Quiza tambien, por la elegancia de su talle, la finura de sus manos y la blancura de su cuello, que el sol y el aire no habian podido alterar, comprendieron que no era un viajero ordinario, ni un vendedor de estampas y rosarios. Mientras una de las jóvenes le ayudaba á desembarazarse de su saquillo, y la otra ponía el mantel y el cubierto, la madre atendía á todo, rompía los huevos, echaba lumbré en la hornilla, y pelaba una gallina. Federico se sentó á la mesa, comió con apetito, y todo le pareció exquisito con grande satisfaccion de las tres mugeres, que estaban contentísimas al ver las buenas disposiciones de tan hermoso jóven.

Al día siguiente le despertó muy temprano el mas madrugador y alegre de todos los visitantes: el sol penetraba de lleno en su cuarto. Federico se levantó y se asomó á la ventana: el Creuse corría al pie de ella por entre alisos y álamos blancos, y se extendía por el valle como una faja de plata: al otro lado del río se veían diseminados los tejados de balago, con sus humeantes chimeneas entre el

verdor de los árboles: en el horizonte, sobre la meseta de una colina, un castillo gótico elevaba sus torrecillas por encima de las copas de las encinas. Aquel cuadro rústico no carecía de animacion: la campana de la iglesia anunciaba la oracion de la mañana, los mirlos saludaban al día, y se oía el ruido que formaba un molino entre los sauces. Aquello era mas que suficiente para detener allí á nuestro jóven pintor: al cabo de algunos días, era ya el amigo de la casa, había hecho los retratos de las dos hijas de su huéspeda, y su nombre era popular en San Mauricio. De muchas leguas á la redonda acudían á ver aquellos dos retratos, y los labradores de las cercanías hubieran hecho cualquier sacrificio por obtener semejante honor. Pródigo de su habilidad Federico hizo dichosas á algunas, y desde entonces su nombradía ya no conoció límites: solo hablaban de él, juraban por él, y era el gallito de la aldea. La bondad de su corazón, no escitaba menos entusiasmo que la destreza de su pincel. A un vecino de la aldea, llamado Tomás, le había tocado la suerte de soldado, y la víspera de partir, ofreció á Federico tres escudos, para poder llevarse el retrato de su querida. Federico hizo el retrato, y colocó el precio en el saco del conscripto, añadiendo una pequeña suma para que pudiese templar su pesar. La admiracion subió á tal punto que si hubiera querido casarse en el país, se habrían derramado muchas lágrimas. Para poner el colmo á su popularidad, distribuía de cuando en cuando algunas monedas á los mozalvetes que jugaban en la plaza de la iglesia. Así es, que cuando salía por la mañana del *Aguila de Oro*, veía delante de la puerta una doble fila de clientes, como los patricios de la antigua Roma. Todos se disputaban la honra de llevar su equipage: uno se apoderaba de la caja de los colores, otro de la silla, y alguno del paraguas: Federico daba la señal de la marcha, y seguido de sus pages se internaba en la montaña: un incidente imprevisto vino á coronar su gloria.

Aproximábase el 22 de setiembre, festividad del patrono de la aldea; el sacristan y campanero, que acostumbraba á beber mas de lo regular, había tenido muy poco cuidado del estandarte en que estaba representado el santo. Los ratones, aprovechándose de aquel descuido, se habían regalado con la seda y la lana que formaban la imagen del jefe de la legion tebana, de tal modo que San Mauricio había desaparecido completamente. Józguese cuál seria el estupor y el sentimiento del buen cura al ver destrozado el estandarte, y cuál la consternacion de la aldea; ya no podía haber procesion ni fiesta: ¿qué seria de la cosecha del año siguiente? El estandarte de San Mauricio hacia que llegasen á sazón el trigo, el centeno y las coles; la desolacion era general; todos hablaban en la calle de aquella catástrofe; el sacristan no se atrevía á presentarse, y el cura y el alcalde atravesaban por la plaza como asustados, y conferenciaban sobre los medios de reparar el daño. En el *Aguila de Oro* la inquietud era muy viva; la huéspeda y sus dos hijas se preguntaban mutuamente con terror qué iba á ser de la aldea privada de su patrono. Solo Federico conservaba la mas imperturbable calma. El 22 de setiembre, al salir el sol, llamaba á la puerta del presbiterio, y presentaba al cura un San Mauricio lleno de gracia y de juventud, en una actitud guerrera y victoriosa. Por una inspiracion verdaderamente milagrosa, aunque jamás había visto el modelo roído por los ratones, había adivinado su postura, el traje y la semejan-

za. El buen cura, maravillado, le estrechó entre sus brazos como á un ángel bajado del cielo. No sería fácil pintar la emoción de los fieles, cuando vieron pendiente del asta la triunfante imagen del glorioso mártir. El estandarte recorrió las calles de la aldea entre las aclamaciones de una multitud entusiasmada. Al volver á ver la efigie del santo que creían haber perdido, los aldeanos prorrumpían en gritos de alegría, y las mugeres se aproximaban á Federico para besarle las manos. Pero nos parece que el triunfo no era del santo, sino del pintor que le había resucitado.

Los días felices se nos cuentan con mano avara. Por mas encantadora que fuese aquella existencia no podia prolongarse largo tiempo, y aunque la verde Bohemia ofrezca los mas risueños puntos de vista, el artista que tiene la conciencia de su propio valor, descansa allí un instante, pero no fija su residencia. El invierno, que siempre se anticipa en las montañas del Creuse, comenzaba á hacerse sentir. La naturaleza, aunque todavía hermosa, se alteraba ya con la frialdad del cierzo de octubre. A pesar de la ovación que le habia elevado al rango de semi-dios, y á pesar de las atenciones y cuidados de que era objeto en el *Aguila de Oro*, Federico pensaba en partir: un encuentro inesperado aplazó su marcha.

II.

Antes de dejar á San Mauricio quiso visitar otra vez los sitios que tanto amaba; sobre todo deseaba volver á ver el castillo, cuyas almenadas torres dominaban el valle, y que descubria desde la ventana de su cuarto por entre las hojas de los árboles que ya se iban cayendo. Como ya he dicho, era un fuerte edificio gótico situado en la meseta de una colina, en la parte mas pintoresca y agreste del pais. Llegábase á él por unos senderos tortuosos y estrechos, formados por la tierra acarreada por las lluvias, con enebros á ambos lados, y por donde solo las cabras podian trepar con seguridad. Aquel sitio era el objeto predilecto de los paseos é ilusiones del pintor: al ver la soledad que reinaba en derredor de aquella mansion feudal, la creyó al principio inhabitada. Sin embargo, una noche habia visto luz en las ventanas, y cruzar dos sombras esbeltas por detrás de la muselina de las cortinas; habia oido cantar á una muger que se acompañaba al piano, y cuya voz grave se elevaba tristemente en medio del silencio de la noche. ¿Quiénes habitaban en aquellos muros? Federico, como jóven de talento, se abstuvo de informarse, pues temia que desapareciesen á impulsos del soplo de la realidad las poéticas imágenes con que se complacia en poblar aquel asilo.

La víspera del día prefijado para su partida, se aprovechó de una de esas tardes templadas que son como la despedida del sol, para emprender su última peregrinación al antiguo castillo. Cuando llegaba al pie de la meseta, vió un grupo que le llamó vivamente la atención.

Sobre el musgo de un otero un poco inclinado estaba sentada una jovencita, entre un anciano de encanecido cabello y una muger todavía jóven y hermosa, que la miraban con cierto aire de inquietud. Al acercarse, Federico quedó menos admirado de su rara belleza que de su exterior extraño. Estaba como agobiada y parecia vivir en un mundo que no era el de los vivientes; sus ojos, abiertos é inmóviles, no se fijaban en los objetos colocados delante de ella; toda su fisio-

nomía indicaba que su pensamiento se hallaba ocupado en otra parte. El semblante de la jóven, que no apartaba su vista de ella, respiraba una ansiedad profunda y la mas apasionada ternura. Las facciones del anciano espresaban un afecto mas tranquilo, mezclado de curiosidad; al parecer, aguardaba que se despertase la inteligencia en aquella alma elevada á un mundo superior. Federico pasó por delante de ella, se quitó el sombrero, saludó, y no se atrevió á detenerse. En efecto, en aquel silencioso éxtasis habia algo de misterioso, que requería mucha discrecion. Iluminado por un secreto sentimiento de pudor, se persuadió de que no podia contemplar aquel dolor desconocido sin profanarle, y se alejó con paso acelerado.

Por la noche, sentado en la cocina del *Aguila de Oro*, no pudo menos de preguntar á la posadera que estaba hilando, mientras que sus dos hijas hacian calceta, y la buena muger se apresuró á contestar á las preguntas del forastero. El castillo, situado en la cúspide de la colina, pertenecia á la familia del caballero de Montsabrey, que habia muerto ya hacia algunos años. Las tres personas que Federico habia visto sentadas en el otero, á un tiro de bala del palacio, no podian ser mas que la señora de Montsabrey, su hija y el doctor Vicente, médico de la familia y hermano del cura de San Mauricio.

—Con que segun eso, preguntó Federico, cuya curiosidad estaba muy lejos de quedar satisfecha, ¿la jóven que yo he visto es la señorita de Montsabrey?

—Si, señor, es la pobre inocente.

Al decir estas palabras, las tres mugeres hicieron la señal de la cruz, y como Federico las miraba con asombro:

—Con este nombre, añadió la huésped, es conocida en el pais la señorita de Montsabrey.

—¿Por qué?...

—Acerca de eso se refieren muchas historias, ¿pero quién es el que puede conocer á fondo las cosas? Escepto el doctor y el cura de nuestra aldea, nadie se puede vanagloriar de saber los secretos del castillo. Cuando se le habla de ello al doctor se va meneando la cabeza, y si nos dirigimos al cura, nos responde, rogad por la niña.

—¿Y qué se dice en el pais?

—Se dice que la pobre Lucila está hechizada, y que el día de su nacimiento una hada ó bruja la echó la suerte. Hace mucho tiempo, se dijo que la señora de Montsabrey solo habia venido á establecerse en el castillo ó palacio, abandonado hace mas de veinte años, para ocultar en él á su hija y que no la viese nadie. Lucila era entonces muy niña, pero no hacia nada de lo que acostumbran los niños de su edad; por mas que la vigilaban, no habia semana en que no se escapase de la casa. Mas de una vez la han encontrado mis hijas sentada en el arenal ó en el bosque, acompañada únicamente de un perro muy grande que debeis haber visto hoy tendido á sus pies.

—Si, dijo Federico, un perro de los Pirineos.

—Un animal muy bueno y nada lerdo, que no la dejaba, velaba por su seguridad, y que cuando era hora de volver á la casa la tiraba del vestido para decidirla á que se levantara, corria delante de ella para enseñarla el camino, y volvía á su lado para cerciorarse de que le seguía.

—¿Y qué hacia Lucila, y en qué se ocupaba cuando la encontrábais sentada en el bosque?

—No lo sabemos; acariciaba á su perro, se colocaba flo-

recillas en su rubio cabello, y miraba al cielo como si buscara en él alguna cosa.

—¿Y vosotras que también érais entonces niñas, no os acercásteis nunca á hablarla?

—Solo una vez, respondió Antoñita, me senté á su lado, porque queria regalarla un ramillete de flores azules que habia recogido en los centenos; pero fijó en mí sus rasgados ojos de un modo tan penetrante, que me levanté y eché á correr llevándome de la mano á mi hermana.

—¡Pobrecilla!... añadió la huéspeda, jamás ha hecho daño á nadie... Es hermosa como un ángel y apacible como un corderillo... Ahora ya es una señorita, pero aseguran que todavia dura el hechizo, y que desde que está en el mundo jamás ha hablado como cristiana. Nuestro cura ha rezado por ella muchas novenas y encendido gran número de velas á San Mauricio; el doctor Vicente la cuida como si fuese su hija, pero la ciencia y las oraciones nada han conseguido. ¿Creeréis, caballero, que desde hace diez años que vive retirada en nuestras montañas, la señora de Montsabrey no se ha presentado ni una sola vez en la aldea ni aun en la iglesia? Y sin embargo, es piadosa; nuestro párroco va un día á la semana á decir misa en la capilla del palacio. Cuando se habla de Lucila á los criados que vienen por provisiones, no contestan, y dicen con mucha política que nos ocupemos en nuestros negocios. Decidme, caballero, ¿todo esto es acaso natural?

—Ademas, añadió Antoñita, por la noche se oye allá arriba un ruido extraordinario, música, canto, suspiros, sollozos, un grande grito y luego todo queda en silencio.

Al llegar aqui, las tres mugeres se miraron con estupor y volvieron á hacer la señal de la cruz.

—De algunos dias á esta parte, prosiguió la dueña de la posada, dicen que la pobre inocente se va estenuando, que se pone pálida y enflaquece de un modo muy notable, y todo el mundo lo siente.

—Es tan buena la madre, añadió una de las hijas de la posadera, y hace tanto bien en el país!...

—Los pobres no la ven, pero la bendicen, dijo Antoñita.

—Desde que habita aquí, continuó la huéspeda, ya no hay desgraciados. Es como Dios, á quien no vemos, pero que todos los años hace que maduren nuestros frutos.

El resto de la velada no se trató en el *Aguila de Oro* mas que del castillo de Montsabrey. El ama, que deseaba siempre hablar, refirió todos los cuentos que habia oido acerca de Lucila, con tanta claridad y exactitud, que cuando concluyó, Federico no sabia mas que al principio. Con todo, aquellas confusas revelaciones habian exaltado la imaginacion del jóven artista. Al dia siguiente, en vez de partir como tenia proyectado, Federico declaró que pasaria en San Mauricio los últimos dias buenos que todavia quedaban en aquella estacion. No solo obedecia al instinto de la curiosidad; el pálido rostro de Lucila, su esbelto y delgado talle, el aire de padecimiento esparcido por sus facciones, y quizá tambien su hermosura y juventud, habian despertado en él un misterioso interés que no procuraba explicarse y que le hubieran detenido todavia algun tiempo.

III.

Desde entonces dirigió todas sus escursiones hácia la meseta de la colina. Vió algunas veces á Lucila, y siempre que

la encontraba observó mayor palidez en sus mejillas, y que sus miradas tenian algo de mas vagaroso. Un dia la divisó paseándose con paso lento por la azotea del palacio, apoyada en el brazo de su madre, descubierta y suelto el cabello, seguía con la vista á una bandada de aves viajeras que desfilaban por el encapotado cielo de otoño, y una ligera sonrisa se asomaba á sus descoloridos labios, como si se sintiese tambien preparada á volar á otra patria mejor. Federico volvió á la aldea con la imaginacion preocupada por siniestros presentimientos. Desde aquel dia en vano dió vueltas al derredor del silencioso edificio, ya no encontró á Lucila. El domingo siguiente el cura recomendaba en la misa las oraciones de los fieles por la señorita de Montsabrey.

Antes de llegar á San Mauricio, á donde le habia conducido la casualidad, Federico ni aun sospechaba la existencia de la familia de Montsabrey; solo habia visto de lejos á Lucila y su madre, y jamás habia oido el sonido de su voz. Entre ellas y el artista de paso no podia establecerse ninguna intimidad; nunca se abrían las puertas del castillo para dejarle libre el paso. Aun suponiendo que Lucila viviese, no seria para ella mas que un extranjero, un desconocido. De donde provenia, pues, que al tener noticia de que la amenazaba un peligro, palideció, y su corazon se oprimió como si se tratase de su hermana. Habia hecho de aquella estraña criatura el objeto de todos sus pensamientos, la habia mezclado en su vida entera y le parecia que si moria se llevaria consigo alguna parte de ella.

Concluida la misa, Federico fué á buscar al cura, con quien habia contraído relaciones intimas de amistad desde la fiesta de San Mauricio, y procuró interrogarle con discrecion acerca de la naturaleza del mal que consumia á la jóven; pero desde las primeras palabras el buen párroco le cerró la boca diciéndole:

—Querido hijo mio, ese es el secreto de Dios.

Federico no insistió, y cuando se preparaba á despedirse entró en el presbiterio el doctor Vicente. Era un anciano de aspecto inteligente y dulce, y de triste y penetrante mirada. Habitaba cerca de San Mauricio, en donde habia veinte y cinco años cuidaba los cuerpos, como su hermano las almas. Bastaba verle para comprender al punto que no estaba en su lugar en aquella miserable aldea.

—Hermano mio, dijo el párroco presentándole á Federico, he aqui el gallardo jóven que nos ha devuelto la imágen de nuestro patrono.

El doctor Vicente ya habia oido hablar de nuestro héroe, de su habilidad, de su excelente corazon y del señalado servicio que habia hecho á la parroquia. Le alargó la mano con efusion, y á pesar de la diferencia de sus edades, Federico sintió desde luego cierta inclinacion hácia él, por la dulzura de su voz y la sencillez de sus maneras. En menos de una hora, uno y otro se habian ya cobrado afecto. Si Federico reunía en sí todas las gracias de la juventud, el doctor poseía la indulgencia y la bondad que son las gracias del anciano. Cuando ya se retiraba, el doctor con la mayor familiaridad se asió del brazo de Federico, y ambos salieron conversando como dos amigos.

El dia estaba hermoso, y se dirigieron hácia el sendero de los enebros. El doctor se informaba de París, en donde habia vivido largo tiempo, de la literatura y de las artes que no habia cesado de amar, y de que hablaba con tanta seguridad y gusto y con tal elevacion de pensamiento, que muy

rara vez suelen encontrarse en un médico de aldea. Parecía dichoso en olvidar por un instante junto al jóven artista los afanosos cuidados de su ministerio, y en veinte y cinco años que hacia habitaba en aquellos campos, era sin duda la primera vez que gozaba de semejante placer. Por su parte Federico, cuya curiosidad no se habia adormecido, se regocijaba al pensar que se hallaba próximo á la fuente de la verdad, y que quizá iba á aclarar el misterio que tanto le atormentaba.

A alguna distancia del palacio, en el declive de la colina, el doctor se detuvo delante de la verja de un jardin, en cuyo centro habia una casita de modesta apariencia, é invitó á Federico á que entrase á descansar en su pequeña morada. Aquella era la habitacion de un filósofo y un poeta; todo respiraba allí el silencio y la paz. Entapizada de rosales, clemátida y madreselva, la casa no carecia en lo interior de esa elegancia que proviene del corazon, y de que los mas sencillos objetos se impregnan como de un dulce perfume y se iluminan como con un suave reflejo. Los muebles revelaban gustos y costumbres que sorprendia encontrar á cien leguas de Paris en las montañas del Creuse. Las paredes del salon, que servia á un mismo tiempo de despacho y de biblioteca, tenian colgadas de tapices de Persia, que alegraban la estancia un poco sombría. A lo largo de la colgadura se veian anaqueles movibles con cristales, minerales, plantas secas y libros, entre los cuales debia Federico reconocer todos los amigos de su juventud. Los balcones daban á unos cuadros de dalias, crisantemos y otras flores. En

aquella pieza fué en donde el doctor introdujo primero al jóven lleno de asombro. Pasados algunos momentos, una buena muger que reunia todas las funciones de doncella, criada y ama de llaves, se presentó con una bandeja llena de frutas cogidas en el jardin, pan de trigo amasado por ella misma, y una botella de vino añejo que habia ido á buscar á la bodega.

—Mi jóven amigo, dijo el doctor, esta es una hospitalidad bien pobre; sin embargo, creed que vuestra presencia aqui es una fortuna cuyo precio conozco. Cuando yo era jóven amaba las artes, y por largo tiempo han sido el encanto de mi vida. Desde que supe estábais en San Mauricio, mas de una vez he tenido deseos de ir á buscaros y traerós á mi celdilla, pero no me ha sido posible; ¡me llaman tantos dolores y reclaman mi asistencia!... añadió con voz melancólica.

Estas últimas palabras entreabrian la puerta, por donde la curiosidad de Federico iba al fin á poder deslizarse; hacíanle una proposicion demasiado ventajosa para que no la aprovecharse inmediatamente. Despues de dar gracias al doctor por la espresion de su sincero sentimiento de no haberle encontrado antes, pasó naturalmente y sin rodeos á hablar de la señora de Montsabre y de su hija, á quienes habia visto algunos dias antes sentadas sobre la yerba de un otero en compañía de su bondadoso amigo.

(Se continuará.)



Paysage de capricho.—Copia de un cuadro de Federico Lambert.



TOMO XI.

Vista interior de la catedral de San Pablo en Londres.

9

LONDRES Y LOS INGLESES.

ARTICULO II. (1).

Sir William Esquire - Interior de los clubs. - Una buena compañía. - Cómo se come en Londres. - La catedral de San Pablo. - Aventura de Thornhill. - El barrio de la Cité. - Los comerciantes ingleses. - El lord corregidor. - La puerta de Temple-Bar.

Uno de mis amigos me habia dado una carta de recomendacion para un comerciante inglés llamado sir William Esquire, y le dejé una tarjeta en la oficina de *Reform-Club* en Pall-Mall; dos horas despues fué á mi casa, y no habiéndome hallado en dos veces que repitió la visita, me dejó una carta indicándome los dias que le seria posible ponerse á mi disposicion, y rogándome fuese con él al dia siguiente á cenar en el club.

Nadie ignora que se entiende por club toda reunion ó asamblea libre, estrajudicial y permanente compuesta solo de hombres; pero de los que ahora se trata son los que en Francia, y en España por imitacion, se llaman tertulias públicas ó casinos. En general la idea que domina para el establecimiento de un club, es la de facilitar relaciones amistosas entre gentes de una misma opinion, de igual clase ó de una misma profesion. Hay clubs militares, literarios, comerciales, sabios, clubs whigs y clubs thorys, aunque estas diversas distinciones no son en modo alguno absolutas.

Actualmente se cuentan en Londres mas de sesenta clubs; el número de abonados varía desde 400 hasta 1,800, y todos ellos rivalizan á porfia en lujo y magnificencia. *Reform-club* es uno de los tres mas notables por su esplendor y magestad.

La construccion de este edificio, sin contar los muebles, ha costado tres millones, y Pall-Mall, en donde se elevan una docena de esta clase de monumentos, es una calle cuajada de palacios.

Reform-club es un edificio casi cuadrado, de dos altos, con nueve ventanas de frente y nueve en las fachadas laterales; recibe la luz por una cúpula ó media naranja y otras cien ventanas rasgadas. La sala de entrada, precedida de un despacho con un director ó administrador encargado de recibir las peticiones de los que desean visitar el establecimiento, está rodeada de columnas que sostienen una anchá galería ensamblada con embutidos que imitan el mosaico romano; los pilares son de estuco de color del mármol de Siená, y la cúpula de donde baja la luz al través de unas vidrieras talladas á facetas, está sostenida por veinte columnas de orden jónico, cuyo basamento de pórfido rojo, rodeando una balaustrada de piedra, descansa sobre la galería, á la que se sube por una espaciosa escalera de mármol blanco. Esta galería, por la que se pasa como por un claustro cubierto, está adornada con sillas, una buena alfombra, cristales y pinturas, es como una especie de salon de compañía construido en el segundo piso encima del de espera, que es donde se recibe á los estrangeros. Hay salas para jugar, de lectura, salas para estudiar y para bailé. Hay tambien gabinetes para una sola reunion de amigos, cuyas puertas comunican con la galería, lo mismo que las

de las dos bibliotecas que son muy copiosas, una consagrada á la literatura y la otra al derecho y política, servidas ambas por dos bibliotecarios pagados por el club. El piso inferior contiene un considerable número de dormitorios.

Londres es tan grande y el tiempo tan precioso, que se gastan inmensas sumas para economizarlo; asi es que si un abonado tiene negocios que evacuar desde por la mañana en el cuartel del club, ó se propone volver muy tarde á su casa, lleva ó envia su equipage al club y va á dormir allí. En todo cuarto hay un gabinete de tocador provisto de aguamanil de mármol blanco con dos grifos, uno para echar agua caliente y el otro para la fria, provistos á toda hora, jabones, perfumes, esencias y cuantos útiles se necesitan para la toilette, como igualmente criados para ayudar á vestir ó afeitarse. Si el sócio se limita únicamente á querer cambiar de vestido despues de comer, encuentra con facilidad las mismas comodidades en el piso bajo si quiere ahorrar el trabajo de subir la escalera; tambien en aquel sitio se encuentran hermosas salas de baño, y las cocinas subterráneas traen á la memoria las de Riquet-à-la-Houpe.

Allí es donde se ven asar delante de enrejados de cinco pies de elevacion, formando una muralla de fuego, cuartos de buey, medios corderos y sartas de aves. Una puerta de dos hojas, pantalla ó biombo colosal, permite á los cocineros, entreabriéndolas, observar el estado del asado sin ser ellos mismos asados vivos al acercarse; mas allá está la lechería; en otra parte la despensa, en donde los cuartos de carne hecha á trozos y puesta por orden en enormes escarparates y cajones de zinc, descansan sobre capas de hielo; para los pescados se observan iguales disposiciones y esmero: todo es aseado y lujoso, y la batería de cocina brilla como el oro.

Examinadas estas maravillas con gran contento de monsieur William, que se regocijaba de mi admiracion, fuimos á un vastísimo comedor, al que dan paso á la luz nueve ventanas que caen á un hermoso jardin. Veinte criados con trage negro sirven una infinidad de mesitas con prontitud y silencio, se deslizan sobre la alfombra de la testera de la mesa, y en vez de zapatos calzan chinelas de muleton; el triquitraque de la vagilla y el ruido de los platos son incomodidades desconocidas para los venturosos mortales que comen en el club. ¿Es maravilla que sus estómagos sean tan complacientes?

Comimos bien en compañía de dos amigos de sir William, un oficial de guardias de la reina, hombre fino y amable hasta un grado superior á todo encarecimiento, y Mr. Patton, escritor escocés, autor de las célebres *Cartas sobre la Hungria*, que publicó el *Times* cuando la guerra, y que tanto llamaron la atencion de Europa.

Me han rogado varias personas que diga cómo se come en Londres, y debo considerar este punto muy importante y digno de mencionarse. El estilo mas moderno para las comidas entre amigos de confianza y poco numerosos es este: los manjares se colocan en la mesa, y el anfitrión trinchá él mismo y sirve á los convidados. La parte mas esencial de una comida inglesa consiste en un plato de pescado y otro de asado; todo lo demas es accesorio. Un buen convite se distingue y caracteriza mas bien en la dimension de las dos piezas que en la multitud y variedad de platos. Primeramente se pone en la mesa el pescado; á un convidado de distincion se le sirve un salmon ó un sollo con diversa va-

(1) Véase el tomo 10, páginas 185, 215 y 233.

riedad de salsas y guindillas de que tanto gustan los ingleses. Su sabor hiere el paladar de los extranjeros lo mismo que si tragasen un castillo de pólvora, teniendo antes la precaucion de darle fuego; despues siguen las entradas á la francesa, que consisten en caza, aves caseras y pasteleria. El asado, proporcionado á la calidad y número de convidados, es por su superioridad y consideracion digno de las épocas homéricas. El mayor lujo consiste en servir á un mismo tiempo y mezclados muchos pescados y asados; los orduvres y platitos de entremesa son numerosos y muy particulares; uno de los mas comunes es un pastel adornado con confituras, lacitos hechos con tallos de ruibarbo, ó bien con grossellas con sango cogidas verdes, de que hay un despacho muy considerable. Frecuentemente se sirve la ensalada en un plato figurando un corazon, con el cogollo de una lechuga partido por medio. Algunos sujetos la comen de este modo cogiéndola con la mano y sin mas aderezo que tomando sal con la punta de las hojas; las legumbres por lo general se presentan cocidas en agua sin compostura alguna, y circulan por la mesa al mismo tiempo que el asado. A los postres salen á lucir los enormes quesos de Chester, de Stillon y los barquitos de manteca fresca; las frutas y el melon vienen tras de estos, despues de lo cual se levanta todo, hasta el mantel, y se traen los vasos y vino.

Este es el único que tiene el privilegio de figurar en la mesa durante la comida: en cuanto á la cerveza, ó á la espumosa de Escocia se presenta en vasos grandes á cada convidado. En Reform-Club se bebe vino á la moda antigua, es decir, mezclado con varios ingredientes: el sherry, el porto, el clarete y el burdeos preceden al champagne y van alternando durante la comida. He aqui su preparacion: á un cuartillo de sherry trasvasado á un cántaro metido dentro de un cubo de hielo se le mezcla un poco de culantrillo, una taza de té verde, un vaso de agua de Seltz, cinamomo, canela en polvo y cortezas de limon. Muchas veces se añade tambien á todo este algunos pedazos de hielo mas puro y diáfano que el cristal, y que Reform-Club hace traer de una remota comarca de América, que es el único parage del mundo en que se encuentra hielo tan precioso y de agua tan pura. Esta mistura ademas de su fortaleza es de un sabor grato, muy aperitiva y el burdeos manipulado de esta manera se adorna con un vistoso ramillete de flores.

Para formar una completa idea del lujo de estos grandes clubs, es inútil advertir que las alfombras que pisan los socios, que toda la ropa de mesa de lienzo de Sajonia se ha tejido en telares á la Jacquard con dibujos propios del establecimiento y que llevan tejido el nombre con todas sus letras entre los florones, arabescos y guirnaldas. Igualmente se ha cincelado y tallado la cristaleria y fabricado la porcelana para el uso esclusivo del club propietario y signatario de sus modelos. Los que entienden en materia de fabricacion apreciarán en su justo valor los enormes gastos hechos á este fin.

Despues de comer atravesamos el gran salon brillante con las pinturas y el oro para buscar un refugio en algun gabinete; se tiene mucho cuidado de no despreciar estos pequeños aposentos, porque el inglés ama la reducida compañía, y quiere aun en el centro del mismo club guardar su independencia, y encontrar la soledad si le acomoda. Cuando tres ó cuatro individuos están reunidos en una sala, cada cual evita atravesar por ella: la indiscrecion y curiosidad

son desconocidas: son dos defectos que conspiran contra la libertad.

Las horas pasan sin sentir entre gentes que han aprendido mucho viajando por el mundo y muy poco en los libros: que lo han visto y examinado todo, que no gustan de deslumbrar con exageraciones, y que escuchan aun con mas gusto que hablan.

La catedral de San Pablo, donde estuve al dia siguiente, es mas vasta, elevada, con mas adorno y de aspecto menos serio que el Panteon de Paris: es uno de aquellos monumentos que se elevan para que se estudie en ellos la arquitectura y para honrar la ciencia. Se necesita admirarlo detenidamente, con conocimiento y método, y decir: no hemos venido aqui para divertirnos, sino á estudiar y aprender. San Pablo gusta mucho á los ingleses, porque cuenta muchas columnas corintias: la manía de poner frontis sobre las columnas, el furor por peristilos, galerias sobrepuestas, en fin, el afan por las construcciones greco-romanas toca ya en lo absurdo. Se hará incómodo y mal distribuido un palacio magnifico, se desperdiciarán muchos metros de terreno únicamente con el objeto de hacer un edificio que recuerde los templos de Pestum, ó el Banco, la Bolsa, el Teatro, el Correo, el British-Museum, ó la Aduana. Todos estos monumentos son de estilo gótico como las decoraciones de las tragedias de Racine en el teatro francés. Este furor de pureza arquitectónica tuvo origen en el reinado del primer Estuardo, y todavia continuaria si desde Walter Scot y la escuela romántica el arte ogival y árabe, que jamás se abandonó en Inglaterra, no hubiese vuelto á recobrar su crédito y estimacion secular.

San Pablo es uno de esos edificios cuya nombradía y admiracion se mide por pies, pulgadas y lineas: tiene 100 pies mas de elevacion que el Panteon, y de 60 á 80 pies menos que la cúpula de San Pedro; pero en concepto de los verdaderos patriotas, San Pablo lleva mucha ventaja á la basílica romana, y ved aqui la razon. La construccion de San Pedro duró 145 años, y fué necesaria la colaboracion de mas de veinte arquitectos, cuando en el espacio de 53 años, desde 1673 á 1710, con un solo arquitecto, Cristóbal Wren, y bajo el gobierno episcopal de un solo prelado, el doctor Compton, se edificó San Pablo desde los cimientos hasta la linterna. El grande nombre se fija y desarrolla en todos los pensamientos del pais, pasa de boca en boca, y jamás inglés alguno despues de trascurrido siglo y medio ha calculado las chistosas reflexiones que pueden hacerse. Por lo demas, todos saben hasta el último penny lo que costó este monumento, el número de carros empleados en el transporte de materiales, etc. etc.

Perdonadme si me detengo en bosquejar á los ingleses, con mucha mas predileccion y afecto que pondria en hacer la descripcion de la iglesia misma: serian necesarias muchas páginas, y la mas ligera litografia la demostraria con mas claridad. Por lo demas, nada me seria mas fácil; tengo á la vista una noticia y descripcion justificada de la iglesia de San Pablo escrita con una escrupulosidad que ataca los nervios: no necesitaria mas que esprimir el jugo para ser breve y exacto. Con esto me justifico; copiar lo que dicen los guias seria hacer el oficio de fámulo de colegio, y no la libre produccion de un gentleman que viaja para instruirse y para recreo venidero de sus amigos.

Observada por afuera esta iglesia, es menos triste que su

hermana menor de las orillas del Sena. Desde luego está construido en el centro de un cuartel el mas bullicioso y animado entre London-Bridge y la puerta de la ciudad. Despues, dado por bueno el estilo de la obra, es preciso confesar el gran merito de su arquitecto Cristóbal Wren. Ha decorado la fachada con dos linternas de media naranja de mucho trabajo, muy bien contornadas, adornadas y bastante voluminosas para llamar la atencion y halagar la vista al pasar y prepararla para sufrir la magestuosa y fria grandiosidad de la cúpula. Sigue despues un enorme reloj con dos hermosos cuadrantes, que comparados con los demas relojes del Norte, son los mas maravillosos del mundo. Aunque veais por todas partes dirigirse las miradas hácia los relojes fenómenos para expresar el regocijo público con el armonioso repique de sus campanas, no tengais cuidado, avanzad sin recelo; estais entre un pueblo de carácter dulce, pacifico y obsequioso. Strasburgo y Brujas son buenos testigos de esta verdad: sus habitantes aman con furor la música de las campanas de los relojes, y se regocijan con su melodía. San Pablo no ha mezclado lo agradable con lo útil: su reloj no repica. En fin las elevadas y dilatadas paredes de su iglesia, lejos de estar desnudas como las del Panteon, de piedra labrada atristadas con hacecillos de heno figurando festones, las de San Pablo hormiguean de ventanas, de columnas, entablamentos, molduras, guirnalda, nichos para estatuas, cornisas, modillones resaltados, y otros pormenores de ornato. Por la parte de adentro, la cúpula tan elevada es una obra maestra de osadía y de talento: apenas se concibe donde se apoyan aquellas moles puestas unas encima de otras; el económico artificio de la armadura y andamios no es menos admirable. Yo recuerdo una escalera, que me pareció la escala de Jacob, sin mas punto de apoyo que la fé. Pero no sabria describirla yo con lucidez, porque no soy arquitecto.

Reclinado sobre la balaustrada de hierro de la galeria de los *Ecos*, que desde abajo me pareció hacia el efecto de una corona para cubrir la cabeza de un rey de Chipre, eché una ojeada sobre las pinturas de la media naranja ejecutadas por James Thornhill, y que representan varias escenas de la vida de San Pablo. En Inglaterra se considera á Thornhill como á su mejor pintor de historia, y es porque no tiene otro, lo que basta para justificar el acierto de su eleccion. Mas este celebre artista tenia bastante disposicion para desafiar á sus rivales y pelear ventajosamente. Ha dejado en el hospicio de Greenwich una de las mas vastas pinturas murales que pueden verse, y esta composicion no es de un genio vulgar. Trátase de un cielo raso y un lienzo de pared en que se representan las apoteosis de reyes ejecutados bajo la idea y proyecto de Rubens, y que recuerdan, aunque con menos transparencia, el colorido de aquel maestro, y sobre todo el tono y armonía de las tintas un poco apagadas y sin brillo del cielo raso de White-Hall. Aunque Thornhill agrupa un poco demasiado las figuras, pinta con lucimiento y sublimidad. Es un artista lleno de los recuerdos magestuosos de la Francia de Luis XIV. Un Lebrun algo menos sabio á quien Rubens ha avivado el colorido y Mignand ha comunicado la sonrisa y las gracias.

Me ha sido preciso hablar de sus obras en Greenwich para dar una idea de su talento, porque las de San Pablo no me han dejado recuerdo alguno que revele su mérito.

Estaba ladeado hácia el borde de la galeria á mas de doscientos pasos de elevacion del piso de la iglesia contem-

plando aquellas pinturas, cuando me contaron un lance que me llenó de espanto. Thornhill estaba pintando como en el aire encima de una andamiada sin antepecho. Habia concluido la cabeza de San Pablo, estaba conversando con un amigo suyo. Por un impulso muy natural á todo artista fué retirándose hácia atrás para juzgar del efecto que producía la distancia en su pintura; iba pues retirándose paso á paso embebido en su idea, cuando su compañero lo vé de repente próximo ya al borde de la última tabla y que va á caer precipitado. Sin titubear, sin dar el menor grito, coge una brocha llena de color, y como un rayo se lanza y chafarrinea la cara del santo.

—¡Qué haces! exclamó Thornhill, corriendo para detenerle la mano.

—Salvarte la vida, contestó éste con serenidad.

Yo no sé si por haberme hallado en circunstancias aná-



jóven inglesa.

logas en una ocasion ó por un efecto nervioso, la verdad es que oyendo la aventura en lo mas alto de aquel observatorio aereo, sentí mis ojos estrellarse contra las losas del pavimento dando volteretas por el aire mi corazon. No obstante mi turbacion miré fijamente las pinturas de Thornhill, que me parecia danzaban por la pared y se aplastaban contra la cúpula, en tanto que yo estrechaba con mucho cariño los barrotes del antepecho.

Viéndome en salvo y fuera de peligro, advertí que habia olvidado las pinturas de Thornhill, pero de la aventura me acordaré toda mi vida.

Su crónica no dice el nombre del ingenioso amigo del artista, lo único que hay de cierto es que era inglés: en tan critico momento ¡cuán grande serenidad no se necesita para inventar un arbitrio tan primoroso! Aquel amigo es la mas atrevida síntesis del carácter nacional.

El interior de la catedral de San Pablo forma una cruz, y la cúpula está elevada como de costumbre en la intersec-

cion de los dos brazos: las bóvedas son altísimas y de glacial magestad. Solo en los días que se celebra metings es cuando se ve concurrencia y animación en ese suntuoso templo, en los restantes reina la soledad y silencio. El grabado que vá al frente de este capítulo representa con mas claridad esta ceremonia que cuantas descripciones pudiera hacer yo. Con mucha razón se considera este monumento como el mas notable de las iglesias protestantes. A lo largo de las paredes se ha construido una infinidad de nichos y dispuesto capillas de poco fondo adornadas con monumentos fúnebres dedicados á la memoria de los difuntos ilustres. Aquí es donde se puede apreciar en su justo valor la escultura del país, y pasando revista á mas de cien capillas irse familiarizando con la ambigüedad de las alegorías. La descripción de estos objetos suministraría argumento para mil poemas fúnebres, y daría margen para la crítica litera-



William Hogarth, retratado por él mismo.

ria por el estilo siguiente. «El genio de Albion llora al guerrero y deposita sobre su tumba los trofeos de la victoria. Minerva colocada encima la muestra á un novel militar para inspirarle el amor á la gloria.»

Toda esta escultura respira sus pretensiones al antiguo; examina, estudia la redondez y morvidez de las formas; los brazos están hechos á torno. La idea y pensamientos carecen de originalidad, los grupos están faltos de armonía. La pasión por el dibujo no adelanta mucho en el Norte. Por la fecundidad y caprichos de sus invenciones alegóricas, el inglés parece mas á propósito que ningún pueblo del mundo para perfeccionar el delicado y difícil arte de los logogrifos y geroglíficos.

Alrededor de San Pablo hay un terreno sin cultivo cubierto de yerba agostada y amarillenta y cercado por una reja, hermosísima por cierto. Por afuera las casas están apiñadas y principian las calles mas populosas de la ciudad. En este terreno, pues, en el centro de la población, y á vis-

ta de todos sus habitantes se saca diariamente la tierra y polvo de los sepulcros para estercolar otros nuevos. Para ir desde San Pablo á la torre se atraviesa un laberinto de callejuelas angostas, aseadas y enlosadas como iglesias, formadas con casitas de ladrillo herméticamente cercadas. Allí se han establecido las factorías, las agencias de negocios, los depósitos de mercancías, los escritorios de comercio, los bancos particulares, etc. Todo el cuartel se agita y trabaja como las abejas dentro de su colmena. Cada puerta de color de madera de las islas tiene su martillo ó aldabon de bronce brillante, una ventanilla con su reja, y una plancha de metal con el nombre del dueño de la casa. En la parte exterior nada de particular, ningún incentivo que halague y atraiga las miradas. Estas oficinas, en donde se cuenta el dinero por millones, tienen asegurada su clientela desde siglos atrás: los hijos millonarios suceden á sus padres mas ricos que un nabab, y los herederos de estas familias no abandonan nunca su comercio lo mismo que los primogénitos de los lores jamás renuncian á la dignidad de par. Este cuartel bulle y hormiguea de gente hasta las cinco de la tarde: despues queda desierto, por que los comerciantes no moran allí.

A esta hora con aire modesto y paternal se retiran á sus suntuosos palacios de Portland-Place, de Regent-Street, de Pall-Mall, de Burlington ó de Grosvenor-Square; hay algunos que se van á descansar á sus magníficas casas de campo para presentarse al día siguiente con el humilde traje de mercader de la ciudad. Tanto como los franceses se dedican afectadamente á presentarse á la vista del público con lujo y esplendor, otro tanto el inglés se ingenia á desaparecer y confundirse entre la medianía del pueblo; aun en esta especie de hipocresía se encuentran maniáticos. Se citan algunos riquísimos banqueros que todas las mañanas van ellos mismos á la carnicería á comprar chuletas que llevan despues á vista de todos á alguna taberna de Cheapside ó de Fleet-Street, en donde tendrán que asarlas ellos mismos; compran tres pences de pan de cebada, y despues mascullan en público un almuerzo á lo espartano, al mismo tiempo que reciben allí sus primeras audiencias, y los sencillos mercachifles admiran en ellos la sen cillez de las antiguas costumbres: ¡pobres gentes!

Puede decirse de esta mediocridad lo mismo que de la saca de lana sobre que se sienta el canciller: oro por encima y la saca ha desaparecido bajo de los pliegues de terciopelo; el buen hombre ha almorzado antes de tomar este austero desayuno, y en su palacio le aguarda una comida de Lúculo; uno de estos sicophantas del dios Mercurio que me hablaba el otro día de un baño antiguo de mármol de Paros celebrado y engrandecido con bajos relieves eróticos y sostenido por cuatro leones agachados, me decía:—El emperador de Rusia lo hacia subir de precio pujando contra mí en la almoneda de... él se mantenía firme é hizo lo que pudo, mas su bolsillo no pesaba lo bastante y hubo de cederme la mano.

Correteando por estos cuarteles se queda uno admirado de la confianza que preside en todas las transacciones y convenios: en el Banco no hay centinelas ni cuerpo de guardia: todo está abierto y se entra por todas partes, no hay esas jaulas en que se encierra en nuestras casas de comercio á los cajeros y sus doblones: allí en mesas bajas accesibles á todo el que llega, sin redes de hierro ni rejillas se pesa el oro

y se maneja con paletas de confitero, del mismo é idéntico modo que se pesa la sal ó el clavo de especia en los almacenes de comestibles. En una sala en que habia barras de oro me presentaron una que pesaba ocho libras para que satisficiera mi curiosidad: esto pasaba á la puerta que daba salida á un corredor. Uno que estaba junto á mí la tomó despues de haberla yo examinado: éste la entregó á otro, y así fué pasando de mano en mano hasta que desapareció á lo último del corredor que daba á la calle. El empleado, sin parar atencion, habló de otra cosa, y cuando volvió á aparecer la recibió sin manifestar contento alguno, y como una cosa en la que habia dejado ya de pensar.

Sobre el friso de este banco lei una inscripcion que resume perfectamente la máxima y doctrina religiosa del pais: he aqui la traduccion: «Señor, dirigid nuestras operaciones: la fortuna para mí, el honor para Dios.»

Antes de abandonar la Cité, dire algo del lord maire; reune en sí las atribuciones de un corregidor, un gobernador civil y un juez de paz: su ministerio dura un año: en 29 de setiembre lo eligen y nombran los *free-citizens* ó ciudadanos libres de la Cité. Los vecinos exentos de pechos son los propietarios mas atendidos y considerados: tienen ademas la comision y facultades para elegir tambien los aldermans entre los que se escoge el lord corregidor. La ciudad está dividida en veinte y seis cuarteles que cada uno nombra un representante, y estos veinte y seis mandatarios reunidos con los aldermanes con presencia de dos sherifs, oficiales públicos, y presididos por el lord corregidor componen el ayuntamiento ó cuerpo municipal de la ciudad. Este administra, dispone de los fondos del comun, publica decretos y da diferentes empleos.

El oficial primero del lord corregidor, es el juez asesor (the acorder) y su empleo, que da el mismo lord, es de por vida. Es el que administra justicia en Guilled-had asistido de otros oficiales públicos. Nada hay que sea mas gótico, mas antiguo y respetado que las facultades y privilegios del lord corregidor, de este representante secular de la soberanía del pueblo. Tiene sitio señalado y preferente en las solemnidades públicas: su instalacion en el empleo es el objeto de un ceremonial extraño: tiene á sus órdenes una numerosa cáfila de oficiales de honor: su librea escude en esplendor á la de un príncipe, su grande uniforme bordado en oro por todas las costuras, es de una hechura rancia y antigua, al que da realce y brillo un gran manto de pieles veros. Su poder es ilimitado, y cuando el trono está vacante, él es el que preside el consejo de Estado hasta la proclamacion del nuevo soberano.

En los dias comunes el lord corregidor administra justicia bajo el pórtico de su palacio, pero en la sala gótica de Guid-hall es donde toma posesion de las insignias de su cargo.

El ayuntamiento municipal le libra 8,000 libras, cerca de 800,000 rs. para sostener su representacion; pero él gasta de su bolsillo otro tanto, cuando menos, por lo que rara vez consiente en ser reelegido, á no ser que sea extraordinariamente rico.

En otro tiempo, el vasto recinto de la Cité estaba cerrado con barreras, puentes, rejas y cadenas. De todos estos cerramientos, solo queda en pie la puerta de Temple-Bar, construída en 1670, al extremo del Strand por Cristóbal Wren. Consiste en un arco abovedado, y rebajado del

ancho de la calle, arrimado y apoyado sobre dos puertas de figura circular, del ancho de las aceras, superado todo por un pequeño aposento suspendido, cubierto con un atico y adornado con cuatro nichos que contienen los del lado de la Cité las estatuas de Isabel y de Jacobo VI de Escocia, y los otros dos las de Carlos I y Carlos II, vestidas á la antigua y muy feas: toda esta máquina negra como boca de horno. Esta puerta, tan concurrida como la de San Dionisio en Paris, perpetúa uno de los mas extraños y singulares privilegios de la municipalidad de Londres.

Las dos hojas de la puerta abiertas constantemente solo se cierran ante un personage, ante el rey. Cuando S. M. intenta atravesar por la ciudad, su correo da golpes en la puerta y solicita de la buena voluntad del lord corregidor el permiso para pasar. Concedido éste, las puertas se abren de par en par, y S. M. se interna en la Cité. Por lo general en este caso particular el dignatario se presenta á la puertecilla del estribo, y entrega al rey su espada, que le devuelve éste inmediatamente acompañada con un gracioso saludo. Antigüamente en esta puerta se colgaban de un gárfio las cabezas de los que decapitaban por delitos políticos, y nunca faltaban en abundancia. Lo cierto es que esta puerta no deja de tener un aspecto siniestro y de mal agüero.

(Se continuará.)

MANGORA.

LEYENDA HISTORICA. (1530—1532.)

(Continuacion).

Mangora y Siripo eran
Que acechando la partida
De la nave, preparaban
De los hispanos la ruina.

Despues de algunos instantes
De silencio, alzó la vista
Siripo, y así á Mangora
Habló con voz conmovida,
Mientras él con voz airada
Pausado le respondia.

SIRIPO.

¿A todo resuelto estás?

MANGORA.

Nunca hice de brio alarde.

SIRIPO.

Meditalo bien..... mas tarde
Arrepentirte podrás.....

MANGORA.

Lo que el destino me guarde
Sufriré con entereza.

SIRIPO.

¡La gente española es fuerte
Y fuerte la fortaleza!

MANGORA.

—Y yo arriesgo mi cabeza
Por mi amor, ¡venga la muerte!
Si, venga la muerte impía,
Que la muerte no me espanta,
Y tiemblo ante el agonía
Que destroza el alma mía
Con pena y angustia tanta!
No sabes tú, hermano mío,
Como se sufre y se llora,
Cuando único, eterno, impio,
Un pensamiento sombrío
Alma y corazón devora.
No sabes tú, caro hermano,
Todo el dolor y aflicción
De un desengaño inhumano,
Royendo como un gusano
Fibra á fibra el corazón!
¡Tener en el pecho ardiente
Escrito en letras de fuego
Su desden y su insolente
Desprecio abrumante, y ciego
Cada vez mas tiernamente
Amarla, no, idolatrarla,
Con amor, no, con delirio;
Como á una deidad mirarla,
Y siempre ¡oh Dios! contemplarla
Riendo de mi martirio!
Y siempre volver á ella
Cuanto mas tirana y cruel,
Y con amante querella
Hasta el polvo de su huella
Besar mas rendido y fiel!
Y entretanto que destroza
Su altivo desden el pecho,
Contemplar cuán satisfecho
Otro hombre sus gracias goza
Y parte su ansiado lecho!
Esta no es vida, no es vida;
Es infierno anticipado!
Siripo, tú no has amado,
Ni sientes, no, comprimida
Tu rabia en el pecho airado!

SIRIPO.

Hay otro amor en mi pecho
Mas elevado y mas puro,
Y ha mucho tiempo que acecho
El instante en que seguro
Haga valer mi derecho.
A tu voz, noble Mangora,
Del letargo desperté,
Siento renacer mi fé,

Y como tú, digo ahora
Lo que á mis bravos diré.
La patria en grillos implora,
A gritos pide venganza:
Otra nacion opresora
La ensangrienta y la devora
Sin que se eleve una lanza!
Y para colmo de horror
Nos brindan su yugo horrendo:
Basta ya de deshonor!

LOS DOS.

Si: muramos combatiendo
Por la patria y el amor!

En brazos uno del otro
Se arrojaron: — las mejillas
Empapadas por el llanto
Que arranca á veces la ira,
La desesperacion ó el choque
De alguna pena vivísima;
De aquellas que cuando hirviendo
Al corazón precipitan
La sangre toda que arde
En las venas encendida,
Como un río desbordado
Que salva la opuesta orilla,
Hacen brotar por los ojos,
En lágrimas convertida,
La hoguera que dilatándose
No cabe en el alma altiva.....

III.

LA EMBOSCADA.

(Y así luego se juntaron por orden de sus caciques mas
de 4,000 indios, los cuales se pusieron de emboscada.....—
RUI DIAZ.)

En torno de un ancha hoguera
De opaca y cansada lumbre
Que refleja en la techumbre
Su luz parda y desigual,
En varios cercanos grupos
Están los *timbúes* sentados,
Ora tristes, ora airados,
En concíabulo infernal.

En su rústica morada
No hay dorados veladores,
Ni campean los primores
De alto lujo femenino:
Con barro tan solo y cañas
Su mano la ha fabricado,
Sin que haya necesitado
Mármol, cedros ni marfil.

Resuena el viento zumbando
Por millares de hendiduras,

Cual suele en las sepulturas
Nocturna voz resonar;
Y entre la turba angustiada
Se oye solo algun suspiro,
Al rojo chispeante giro
Que hace la llama al vibrar.

Todos están silenciosos
Todos están abatidos,
Por el pesar oprimidos,
Luchando con el temor;
En vano intentan algunos
Dar alivio á su quebranto,
Ya la rabia, ya el espanto
Apagan su débil voz.

Y á las rojas llamaradas
Con que el fuego centellea,

Traza tan horrible y fea,
Tan infernal espresion
El atezado semblante
De los salvages adquiere,
Que no le iguala el que muere
En honda desesperacion.

Se ve su semblante cárdeno
De la hoguera á los destellos,
Entre sus largos cabellos
Ocultarse con doblez;
Y llevar la seca mano,
Como quien duda y vacila,
A la encendida pupila,
Convulso el labio tal vez.

(Se continuará.)



Las elecciones en Inglaterra: enfermos llevados á votar. Cuadro de Hogarth. (Véase la série de artículos sobre Londres y los ingleses.)